

VICTORIA HOLLIS



*T***E PROTEGERÉ**

**SERIE ROCKSTARS
LIBRO 27**

Te protegeré

Serie Rockstars, libro 27

Victoria Hollis

Advertencia

Este libro se ha escrito para un público adulto. Puede contener situaciones y escenas de sexo explícito, lenguaje adulto y temas que solo pueden entender las personas mayores de 18 años.

Capítulo 1

—¿Querías hablarme, Tarugo? —preguntó Seth.

Austin entró tras él en la cocina. Le dirigió una ojeada fugaz a la puerta, que estaba entornada a su espalda, para cerciorarse de que nadie podía escucharles, y dijo en voz baja:

—¿Cómo sabías que quería hablar contigo?

—Por el modo en que me miraste antes. Tus ojos me decían a voces: «Seth, tenemos que hablar».

El bajista esbozó una sonrisita bromista, que le salió triste y sin demasiada convicción. Austin parpadeó, sorprendido. ¿Tan transparente era para Seth, que con solo una mirada, ya sabía lo que estaba pensando?

Sacudió un poco la cabeza. Eso no era lo más importante ahora. Tenían poco tiempo, y era verdad que quería decirle algunas cosas a su compañero, antes de marcharse.

—Si Max volviera a llamar, cúbrenos, Seth —comenzó—. No le digas que hemos salido, ni por supuesto a dónde. Ya oíste a Troy antes. No quiere que lo sepan ni Max ni Hudson, y mucho menos la policía...

Seth asintió.

—Descuida. Ya había pensado en eso. Estaré atento.

Austin le miró de modo penetrante y bajó la voz aún más al preguntar:

—¿Es verdad que te quedas por lo del teléfono?

—Claro.

—Si es por lo que te dije anoche, Seth...

—¿A qué te refieres?

Seth pareció no comprender. Austin hizo una mueca.

—Bueno, prácticamente te llamé cobarde —contestó—. Y yo...

Seth sacudió la cabeza.

—Oh, yo no lo vi así, al contrario. Tuve la sensación de que temías que abandonara el barco, y me llamaste al orden para que no lo hiciera. —Volvió a sacudir un poco la cabeza—. No pienses más en ello. No estoy ofendido ni nada. De verdad.

—¿Seguro?

—¡Sí! —Seth esbozó otra sonrisita, e hizo un nuevo intento de bromear—. Además, ¿qué demonios? Me da miedo ir al Bronx, sí. No tiene sentido negarlo. No todos podemos ser como Troy.

Austin alzó una ceja.

—A él le dan miedo los teléfonos —observó.

La sonrisa de Seth se hizo más genuina. Volvió a asentir.

—Hemos hecho un arreglo estupendo, ¿no te parece?

Austin le miró de través, pensativo.

—Pero tú no te quedas en casa hoy porque tengas miedo —dijo—. Te conozco. No sería propio de ti.

Ahora Seth negó, haciendo ondear su lisa melena oscura.

—Si no estuviera Frank, habría ido, Austin, miedo o no. ¿Acaso no os acompañé anoche?

—M-m.

—Mientras escuchaba hablar a Troy ahora, se me ocurrió que alguien tendría que quedarse para cubrir la retaguardia, por así decir, y disipar sospechas —explicó Seth—. Max y Hudson están acostumbrados a que sea yo quien se ocupe del teléfono. Si llama alguno de los dos, no se dará ni cuenta de que habéis salido.

Austin volvió a clavarle una mirada penetrante y murmuró:

—¿Y si llama el secuestrador?

Seth hizo un gesto de sorpresa. ¡Ah, maldita sea! Eso no se le había ocurrido. ¿Y ahora qué le decía a Austin? ¿Cómo podía tranquilizarlo? A él y a sí mismo, porque al oír la palabra «secuestrador» su estómago se había hecho un nudo. Claro que se esforzó mucho por no dejarlo ver. Como decía Austin, anoche ya tuvo su propia crisis de histeria y demostró tener mucha menos templanza y arrojo que sus dos compañeros. En su opinión, con una vez que lo hiciera, era suficiente. No quería quedar como un cobarde dos veces seguidas en tan breve lapso de tiempo.

De modo que se encogió de hombros, tratando de aparentar una indiferencia que no sentía, e improvisó:

—No creo que llame tan temprano...

Su respuesta no convenció a Austin, que continuó clavándole sus ojos negros, mientras insistía en voz baja, muy serio:

—Pero... ¿Y si lo hace?

«¿Será posible?», pensó Seth. «Austin siempre sabe dar donde duele».

Volvió a encogerse de hombros y contestó, en tono de conversación:

—Pues diré que Troy no está. Como solo quiere hablar con él, se tendrá que aguantar y llamar más tarde.

Para su sorpresa, Austin hizo un gesto de admiración con la cabeza.

—¡Qué valiente! —dijo—. A mí me tiemblan las piernas solo con pensar en tener que hablar con ese tipo.

Seth volvió a sonreír, con ternura ahora.

—Normal. Eso de los teléfonos tampoco va contigo, Tarugo.

—No, no es por eso. Es que Max dijo que tenía una voz de malvado que le había dejado impresionado. Y luego está la responsabilidad de tomar decisiones con lo que te diga, sabiendo que la vida de William podría estar en juego...

Seth negó.

—No pienso tomar ninguna decisión, eso le corresponde a Troy. Y en cuanto al tema de la voz... —Hizo una mueca, añadiendo—: Solo es un hombre, Austin, como tú y como yo. —Trató de sonreír—. Lo que vosotros vais a hacer sí que me parece arriesgado en comparación.

De nuevo, su respuesta no pareció convencer a Austin, que permaneció serio, mirándole con expresión penetrante. Seth ya iba a preguntarle qué le ocurría, porque estaba seguro de que debía haber algo más, cuando Austin se movió.

Echó otra ojeada atrás, a la puerta de la cocina, como para cerciorarse de que no había nadie escuchando en el umbral y que de verdad estaban solos, y se acercó un poco a él para murmurar:

—Lo que nos ha dicho Frank sobre su jefe, y eso de que vaya a venir esta tarde otro chico más de seguridad me tiene preocupado. ¿A ti no?

Seth pudo sentir el aroma a tabaco y a colonia que impregnaba la ropa de su compañero. Era tan familiar, su voz sonaba tan seria y grave, y su expresión era tan inquieta, que el bajista sintió unos inesperados deseos de abrazarle y de estrecharle muy fuerte.

No lo hizo sin embargo, se contuvo. No estaban solos en el apartamento. Troy estaba en el salón, hablando por teléfono con Harold, que acababa de llamar, y Frank había ido al baño. En

cualquier momento podía aparecer alguno de los dos. Y aunque Troy era su amigo desde hacía años, y tenían confianza, nunca les había sorprendido abrazándose ni teniendo demostraciones de afecto, y Seth preferiría que esto continuara siendo así. Le tenía mucho respeto a Troy. Para él era un líder, además de un amigo, y un ejemplo a seguir en muchas cosas. Y aparte de eso... Bueno, qué demonios, le daba vergüenza.

Austin y él no eran más que amigos. En semanas y días previos, habían compartido momentos íntimos en ocasiones, pero solo como eso: amigos con derechos. Austin no quería dar el paso siguiente. Decía que tenía miedo de perderle como amigo. En cuanto a Seth, prefería no pensar. Si se le terciaba tener algún ratito a solas con Austin, lo disfrutaba. El resto del tiempo, trataba de no acordarse de que tenía un corazón, y de que el muy tonto suspiraba por el Tarugo...

Ahora bien, si Troy les sorprendiera compartiendo un abrazo o un beso, su relación pasaría automáticamente a ser más seria de lo que era. ¿Y si a Austin le daba por dar paso atrás y alejarse de él, por pura timidez, y por el miedo a lo que fueran a decir sus amigos?

Si el que les descubría era Frank, la cosa sería incluso mucho peor, porque era un completo desconocido. Podría pensar que ellos dos eran pareja, y empezar a tratarlos en consecuencia. Seth conocía a Austin, y sabía que eso sería muy embarazoso y vergonzoso para él.

No, era mejor así. Pero ganas de abrazar al Tarugo no le faltaban...

—¿A qué te refieres? —preguntó, también en voz baja, tratando de volver a centrarse en la conversación—. ¿A eso que dice Frank, que temen que Jordan pueda querer matar a Troy?

Austin asintió, con un ruidito afirmativo. Seth continuó:

—Bueno, William lleva tiempo diciéndolo... Por eso está aquí Frank, en primer lugar, porque él no estaba tranquilo...

—Sí, pero esto es distinto. Una cosa es que lo digamos nosotros, por miedo y por desconfianza, y otra... —Austin sacudió la cabeza. Le echó otra ojeada a la puerta, antes de concluir—: Estos hombres son profesionales, Seth. No tienen miedo de Jordan, y vienen de vuelta de todo. Si ellos también creen que puede pasarle algo a Troy...

—¿Por eso quieres ir con ellos? —cuchicheó Seth, interesado—. ¿No te fías de Frank? ¿Crees que no se empleará a fondo, o...?

—No, no es que no me fíe. Es que es uno solo, Seth. —Austin se acercó un poco más. Le agarró por un brazo para hablarle con más vehemencia, aún en voz baja—. ¿Y si vienen cuatro en un coche, como pasó con William? Si somos dos para pegar patadas, tendremos más posibilidades de proteger a Troy, ¿no crees?

Seth sonrió un poquito, emocionado.

—Eres valiente, Austin. Muy valiente. Troy se sentirá indigno de tanta devoción, ¿lo sabes?

Austin asintió, bajando la vista al suelo.

—Por eso no pienso decírselo —murmuró—. Ni a Frank. Solo a ti, Seth. —Levantó la vista de nuevo para mirarle—. Pero quería que supieras que no voy a dejarte solo con el teléfono por mi gusto, al contrario. Me voy muy preocupado. Prométeme que tendrás cuidado.

Seth asintió a su vez.

—Te lo prometo.

Austin titubeó un momento, y al fin, se movió para rodearle con los brazos. Le apretó muy fuerte contra sí, susurrando:

—No deberíamos separarnos. Ninguno de nosotros debería quedarse solo hasta que haya pasado todo esto.

—Estaré bien, Tarugo —contestó Seth, abrazándole a su vez. Cerró los ojos, enternecido, y murmuró—: Por favor, recuerda cuidarte tú también, ¿vale? Quiero que vengáis los tres de una pieza.

Sintió que Austin frotaba su cabeza contra la suya, haciendo un gesto de asentimiento.

—Me voy partido en dos, Seth —confesó en su oído, muy bajito—. Ojalá pudiera estar en los dos sitios a la vez.

—Pues esas no son maneras de irte, Austin —repuso Seth, sonriente, en un intento por trivializar—. Si vas para proteger a Troy, tienes que estar pendiente de él y de nadie más. —Le apretó un poco más contra sí y repitió, tranquilizador—: Yo estaré bien. Aburrido como una ostra hasta que lleguéis. Ya lo verás.

Austin no dijo nada, pero tampoco dio muestras de querer soltarle. Parecía acongojado.

«¿Cómo le suelto yo a él, a ver?», pensó Seth. «Más cuando no lo deseo realmente; si por mí fuera, me quedaría así toda la vida... Pero, ¿y si Troy aparece por esa puerta justo ahora?» Abrió los ojos y miró a la puerta en cuestión por encima del hombro de Austin, apretando a este contra sí como a un tesoro. «¿Y si aparece Frank?».

Mientras Seth se debatía entre pensamientos contradictorios y trataba de consolar a Austin, a pocos metros de ellos, Troy colgaba el teléfono con Harold.

Su productor había sido tan amable y comprensivo como siempre. Estaba preocupado por William y por ellos tres, y quería venir y compartir con ellos todo esto. Pero una vez más, Troy le había dicho que sería mejor que se quedara en casa. No quería que dejara a Melinda sola en el rancho por tiempo indefinido. Además, no sabían aún si necesitarían su ayuda, para algo que él no acertaba a imaginar, y si eso era así, sería mejor para todos que Harold estuviera fresco y descansado, y no tan agotado como ellos...

Por otra parte, estaba el tema del Bronx.

Troy estaba impaciente por volver allí. La llamita de esperanza que sintió anoche, cuando recorrieron sus calles en vano, se había hecho más intensa después de que el detective les hubiera dicho que Jordan no había pasado la noche en el Averno. Aquel imán invisible que tiró de él hacia el Bronx mientras abandonaba el barrio, diciéndole sin palabras: «Es por aquí, vas bien. Hoy no has visto nada, pero no me olvides»... Hoy lo sentía con tanta intensidad como si alguien estuviera llamándole desde allí.

Troy sabía que anoche, cuando dieron la primera vuelta por las calles que les dijo Ralph, estaba oscuro, y él estaba exhausto después de haber tenido un día muy largo. Sus dos amigos también habían estado cansados y asustados. Había sido casi imposible detectar algo sospechoso en un lugar desconocido en semejantes condiciones...

Pero hoy todo era diferente. Hoy se sentía más despejado, el sol brillaba alto en el cielo azul, y tenían a Frank, que estuvo con él ayer durante el rapto, y que podría ser capaz de reconocer el coche de los secuestradores, o incluso el físico o las voces de aquellos tipos...

Troy no podía dejar de pensar en lo que les contó Ralph, que habían visto a Jordan por su barrio, conduciendo un coche cutre. La idea de que William podría estar prisionero en el Bronx no se le caía de la cabeza.

Pero para poder salir de dudas, tenía que ir allí. Y no podría si se presentaban en su casa Harold, o Max, o Hudson, o incluso Ray, hombres mayores que ellos, que no comprenderían sus argumentos, y a los que habría que explicar y convencer y contentar... Perdiendo en el proceso un tiempo que podría ser precioso para la vida de William.

«Es mejor así», se dijo. «Además, ya no estamos solos. ¡Tenemos a Frank!».

Se sonrió, ilusionado, y fue deprisa a la cocina para reunirse con sus amigos.

—¿Sabéis? —dijo de pronto la voz de Troy—. Harold ha vuelto a ofrecerse para venir y quedarse con nosotros. —La voz se acercaba rápidamente a la cocina, añadiendo—: Le he dicho que no, y parece que está convencido. Seth, por si acaso...

El bajista se sobresaltó y se apartó de Austin, pero lo hizo demasiado tarde. Troy ya estaba plantado en el umbral.

El dragón se interrumpió de pronto, mirándoles con grandes ojos, y sin pensarlo, se retiró un paso, diciendo:

—¡Oh! Perdonadme, chicos. No quería interrumpir.

E hizo la intención de marcharse. Seth apretó un hombro de Austin con una mano,

llamando:

—¡Troy! ¡No interrumpes, hombre! ¿Qué querías...?

Y justo en ese momento, la voz de Frank dijo en el salón:

—¡Ya estoy listo, Troy! ¡Cuando quieras!

Austin le dio a Seth una palmadita en el costado, mirándole con cara de resignación. Seth se llevó una mano a la frente. Había ocurrido justo lo que él no quería que ocurriera. ¿Qué habría pensado Troy? No tenía medio de saberlo. Y ahora tampoco podía salir corriendo tras él para decirle que olvidase lo que había visto, porque solo había estado consolando a Austin... ¡Frank estaba allí! Y Troy iba a marcharse así, sin saber lo que estaba pasando en realidad, y Seth se sentía tan frustrado e impotente...

Austin salió también, y el bajista se permitió pasarse una mano por la cara en un gesto de exasperación.

«Jamás pensé que tener un guardaespaldas en casa nos iba a cortar la comunicación entre amigos de esta manera», pensó. «Antes Troy casi tuvo que pedirle permiso para hablar con nosotros. ¡Y ahora mírame a mí! No puedo hablar con él. ¿Y con qué cara salgo ahora a despedirles, eh? A este paso, vamos a tener que pedirnos cita unos a otros para poder hablar... ¡Viviendo en la misma casa!». Sacudió la cabeza. «Esto no tiene sentido...».

No. Y tampoco adelantaba nada quedándose agazapado aquí, en el último rincón de la cocina. Escuchaba a Austin hablando con Frank en el recibidor. Lo mejor que podía hacer era juntar valor y reunirse con ellos.

Tomó aire profundamente. ¿Qué cara tendría el dragón?

Capítulo 2

Mientras su novio y sus amigos estaban en estas, William se encontraba atareado con algo muy distinto.

Continuaba sentado en la esterilla, sobre su saco de dormir. Tomaba su último batido a pequeños sorbos. Tenía el grueso libro abierto sobre sus rodillas...

Pero no leía. Estaba escuchando.

«La última ducha ha sido bastante más larga que las otras dos», pensaba. «Y luego me ha parecido escuchar... ¿Eran dos los que se marchaban, o uno solo?».

Ahora todo era silencio a su alrededor. Ya no se oía agua ni música en el cuarto de baño, ni tampoco pasos por el pasillo. A través de la ventana, le llegaban ecos distantes de coches que pasaban por una calle y del canto de los pájaros.

«Veamos», se dijo. «Ayer vi a cuatro secuestradores. Hoy he oído tres duchas, la última más larga que las otras. Cuando se han marchado, me ha parecido oír el sonido de varios pies, no solo de dos. Y ya hace un rato que se fueron, y no ha venido a ducharse nadie más... Aquí está pasando algo».

Miró a la puerta, intrigado. Ojalá hubiera podido ver a través de ella cuando salieron esos dos últimos, porque si su intuición no se engañaba, dos de los secuestradores se habían duchado juntos...

«Y no creo que haya sido para ahorrar agua», dedujo. «Porque precisamente esa ducha ha sido más larga. ¿Querrá eso decir lo que yo creo? ¿Serán pareja?».

Soltó un pequeño bufido de sorpresa. ¡Pareja! Eso explicaría algunas cosas. Por ejemplo, los libros que le habían traído, que se trataban ni más ni menos que de una larguísima historia de amor gay. Y luego...

«¡Un momento!», se interrumpió. «¿Y cómo saben ellos que yo soy gay? Ah, se lo habrá dicho Jordan, ya... ¿Les habrá dicho también que Troy es mi novio?».

No le parecía probable. Si fuera así, David le habría dicho: «He hablado con tu novio», o algo así, y nada más lejos. La idea le consoló. Aunque sus secuestradores también fueran gays, William quería conservar a Troy y su relación ocultos y a salvo en el anonimato durante todo el tiempo que pudiera...

«¡Gays!», se dijo, al caer en la cuenta de lo que acababa de pensar. «¡Mis secuestradores son gays! Al menos, dos de ellos lo son. Eso explicaría no solo el libro, sino por ejemplo, por qué David nunca sale solo a fumar. Siempre le acompaña alguien, puedo oírlo. Lo que no sé es quién...».

¡David! ¿David era gay? ¿Con esa voz tan grave y ese carácter tan frío y desapegado que tenía? ¿Cómo iba a ser gay? Y aunque lo fuera, ¿quién habría sido el valiente que había logrado romper la costra de hielo que parecía envolver a ese hombre?

«No me pega que David sea gay», reflexionó. «Pero a la vez, parece lógico. Nunca viene solo a buscarme, por ejemplo. Y nunca sale solo. Ahora bien, si lo es, ¿quién es el otro, su pareja? ¿Es el grandullón con el que le veo siempre? ¿O será el otro chico, el que habló conmigo antes, el tal Jonathan? Porque sé que había otro más, un cuarto, pero de ese no sé nada...».

Hizo memoria. En realidad, sí sabía. Ayer, mientras venían hacia aquí en coche, vio que uno conducía, otro iba sentado delante, el grandullón trataba de sujetarle a él, y David —ahora sabía que era él, por la voz— se esforzaba por ayudarle. Pero David no fue el único que habló...

«¡El conductor también!», recordó. «Pareció ofendido cuando critiqué la música, un horrendo disco de rap que llevaban a todo volumen y que me tenía loco. Me dijo que aquello era poesía o yo qué sé. Entonces no hice caso, y después no he vuelto a acordarme de él, pero esa voz... Ni he visto a ese canijo, ni he vuelto a escucharle desde que estoy aquí. Eso quiere decir...».

Las piezas empezaban a encajar en su mente. Habían permanecido con él en esta vivienda los mismos cuatro tipos desde ayer: el grandullón, el conductor, a quien no había vuelto a ver ni a escuchar, pero que al parecer seguía aquí, porque se había duchado, David...

«Y el otro que iba delante. ¡Que solo puede ser Jonathan!», se dijo, bastante satisfecho con su deducción.

Sin embargo, la satisfacción le duró solo un instante, porque en seguida le asaltó una nueva duda. Él creía que Jonathan llegó anoche, de refuerzo, con otros tipos, y que trajeron la comida, la ropa, los sacos de dormir y demás. Si eso no era así, y Jonathan estaba aquí desde el principio... ¿Quién había hecho todo eso?

«¿Tal vez vinieron solo para traer las cosas, y se volvieron a marchar?», especuló. «¿O se han ido esta mañana? ¿Y por qué se han ido? ¿No le interesa a Jordan que haya aquí cuanta más gente mejor?».

De pronto, se sobresaltó con una pequeña exclamación.

—¡Ah! ¡Jordan!

¿Y si fue él quien vino anoche a traer las cosas? ¿Y si hoy se había ido de nuevo a su casa, para mantener las formas de cara a la prensa y a la policía?

William entornó los ojos con furia y apretó los puños sobre el libro abierto que tenía en su regazo.

«¡El muy cobarde...!», pensó. «¿Será posible que ha estado aquí, y ni siquiera se ha dignado dirigirme la palabra?».

Era más que probable, y en realidad, no debería sorprenderle de una sabandija rastrera como Jordan. Pero había una incógnita que continuaba en el aire... Si David era gay, ¿quién era el que se había duchado con él? ¿Quién era su pareja?

«El grandullón no me pega», se dijo. «Es demasiado bruto para David. O es Jonathan, o bien el otro, el conductor».

En ese momento, su mente le trajo otro recuerdo, uno mucho más reciente. Cuando Jonathan le abordó antes, hacía un rato, ¿por qué lo hizo? ¿Qué le preguntó?

«Fue muy extraño», reflexionó. «No me ha hablado nunca antes, y de pronto, por las buenas, vino y me preguntó... ¿Qué fue?». Hizo memoria otra vez. «¿Por qué no le había quitado el pasamontañas a David? Una pregunta absurda, en mi opinión, con todo lo que yo tendría que perder si lo hubiera hecho. Para empezar, la vida. Si el grandullón ese me hubiera visto la intención, me habría enviado volando al estadio de los Yankees de una bofetada. Que no sé si está cerca o lejos de aquí, pero eso daría lo mismo, ya te digo. Ahora bien, ¿qué clase de secuestrador hace una pregunta como esa?».

Se quedó por un momento pensando, mirando al vacío con el ceño fruncido. Lo que hizo Jonathan le pareció extraño desde el primer segundo. Pero ahora, a la luz de todo lo que estaba descubriendo, tal vez no lo fuera tanto...

«¿Y si hubiera sido yo?», pensó. «¿Y si Troy hubiera estado en peligro, yo lo hubiera visto, y en el último segundo, el otro hubiera decidido no hacerle daño?».

Sus propias palabras le trajeron el recuerdo de lo que pasó antes, cuando salió de la ducha y David le dijo que volvería a casa hoy. Llevado por el entusiasmo, le abrazó. Y cuando abrió los ojos, vio ante él a otro de los encapuchados. Se trataba del hombre de tez oscura que acompañó a David anoche para traerle la cena y las cosas de dormir. Estaba allí de pie, petrificado, mirándole con grandes ojos, sosteniendo su bandeja del desayuno en las manos.

«¡Ah! ¡Ese es! ¡La pareja de David! ¡Ese es Jonathan!», se dijo.

No le cabía ninguna duda de ello. En aquel instante fugaz pudo ver el pánico dibujado en los ojos negros del otro hombre. Claro que William acababa de pasar su propia dosis de pánico, y tampoco estaba como para procesar nada en aquel momento. Pero ahora, atando cabos... Ahora sabía.

«¡Pff! ¿Y de qué me sirve saberlo?», pensó, apoyando la barbilla en una mano. «¿Acaso por eso voy a salir de aquí?».

No, pero empezaba a sentir una curiosa sensación de afinidad con sus secuestradores. Si él hubiera estado en el lugar de Jonathan, tal vez habría actuado de modo similar. Desde luego, era seguro que habría sentido terror si hubiera visto a Troy en peligro, igual que ese chico.

«No somos tan distintos», pensó. «No estoy en manos de cuatro locos sin escrúpulos, ni de malvados sin alma. ¡Son chicos como nosotros! Como Troy y como yo... Es más, estoy seguro de que hasta es posible que sean músicos...».

Y si eso era así... Si no le retenían bandidos profesionales... Entonces era más que probable que le liberasen pronto.

«Tal vez por eso me dijo David que hoy podría irme a casa», pensó.

Y con una sonrisita, satisfecha e ilusionada, tomó el último resto del batido, dejó el envase vacío sobre la bandeja, y volvió a retomar su lectura...

Por suerte para Seth, cuando salió al recibidor, Troy no estaba, así que no pudo verle con ninguna cara.

—Ha ido al baño —le explicó Frank—. Saldremos en seguida.

Seth asintió. «Espero que no haya ido a vomitar por lo que ha visto», se dijo. «Aunque qué tontería... Troy sabe lo que hay entre Austin y yo... O más bien lo que no hay. Se lo ha dicho el Tarugo... Creo».

Miró a Austin, pero este estaba de espaldas, poniéndose su chaqueta de cuero. Seth tuvo la pregunta en la boca, pero de nuevo, tuvo que morderse la lengua porque Frank estaba delante. No podía preguntar: «Austin, tú le has dicho a Troy lo nuestro, ¿verdad?». En condiciones normales, ya sería incómodo de por sí, porque Austin podría volverse y preguntar a su vez: «¿Qué es “lo nuestro”?». Y entonces Seth tendría que devanarse los sesos buscando definiciones y etiquetas, a cual más diplomática y original para no ofenderle... Pero nah. Con Frank delante, nada de eso era una opción.

Miró al techo, incómodo y ansioso, sin saber qué decir. Frank no pareció darse cuenta de su malestar, porque dijo:

—Estoy admirado por lo valientes que sois, chicos. Seth, ¿no te da miedo tener que hablar con el secuestrador, si llegara el caso?

Seth se encogió de hombros. Otro con la preguntita, demonios... Estaba empezando a ponerse nervioso de verdad...

—Troy no puede estar en dos sitios a la vez —contestó—. Y para él es importante ir al Bronx. Parece como si tuviera un presentimiento... —Miró a Austin—. ¿Verdad?

El batería se había vuelto hacia ellos, reajustándose las solapas de la chaqueta sobre su cuello y sus hombros. Asintió y le dijo a Frank:

—Que no te engañen las apariencias. Lo ves tan tranquilo, pero en realidad, le está echando un buen par, porque él querría acompañarnos. —Agarró un brazo de Seth y lo apretó con ternura, añadiendo—: Se va a sacrificar quedándose aquí solo, por nosotros. Porque sabe que para Troy es importante ir a eso. Yo también le admiro.

Seth miró a su compañero, sorprendido. «Pues sí que está afectado Austin, sí...», pensó.

No supo muy bien qué contestar, así que le dio una palmadita en la espalda y miró a Frank a su vez.

—Cuidarás de ellos, ¿verdad? —le preguntó—. De los dos.

Frank asintió con la cabeza, muy serio. Había una curiosa expresión de comprensión en sus ojos negros.

—Lo haré —dijo simplemente—. Te lo prometo.

Entretanto, Reggie estaba atareado en el frigorífico del pequeño apartamento. Estaba terminando de desayunar, tan solo le faltaba tomarse el café, que estaba preparándose en la cafetera, inundando con su agradable aroma toda la cocina. Estaba deseando degustarlo, pero todavía no estaba listo, y además, él tenía que hacer otra cosa antes.

Había estado contando las provisiones que tenían mientras que comía, y le parecían demasiado pocas. De modo que había decidido esconder de la vista algunos pastelitos y batidos para la merienda, no fuera a ser que estos locos lo fueran devorando todo poco a poco durante la mañana.

Little B, Paul y tal vez también Dan creían que saldrían de allí antes del almuerzo, pero Reggie tenía sus dudas...

«Troy no se ha rendido, lo sé», se dijo. «Y lo que decida hacer Jordan es una completa incógnita, como todo lo demás. Anoche no trajo nada para almorzar, y hoy se ha marchado sin decir nada acerca de eso, igual que tampoco ha hablado del concierto, ni de nada importante. Supongo que puede enviarnos a alguien para que nos traiga comida, porque no creo que él vaya a regresar tan pronto, solo para eso... Pero, ¿y si no lo hace? ¿Y si nos deja aquí estrellados sin comida?».

O aunque no fuera así, aunque enviara el almuerzo de algún modo... ¿Y si llegaba la tarde, y Troy seguía sin rendirse?

«No sabemos lo que ocurrirá», pensó, escondiendo la bolsa con los batidos detrás de una vacía que había puesto allí, para hacer bulto. «Y yo prefiero ser precavido. No quiero que a Little B le entren los temblores esos que dice que le dan... O que Danny o William pasen hambre durante la tarde. Paul y yo somos de otra manera y podemos aguantar, pero ellos... Ahora que hemos comido todos, esconderé esto, por lo que pueda pasar».

Había terminado, así que cerró la puerta del frigorífico y fue a servirse su café. Mientras tanto, escuchó a Little B exclamar en el salón:

—¿Sabes lo que te digo, Paul? No, ¿tú sabes lo que te digo? Que estoy aquí, harto de exprimirme las meninges tratando de averiguar cómo se juega a esta mierda...

Paul interrumpió:

—¿Has oído lo que ha dicho, Reggie? ¡Exprimirse las meninges! ¡Little B es poeta de verdad!

Reggie soltó una risita.

—Sí.

Little B continuó:

—¿Quieres dejarme hablar? ¿Quién ha tenido la idea del juego, a ver?

—Tú —respondió Paul.

—¡No! ¡Has sido tú! ¡Y ya he averiguado por qué!

Reggie sacudió la cabeza, removiendo su café, con una sonrisa. Escuchó pasos que se acercaban, y levantó la vista, a tiempo para encontrarse con la de Dan, que estaba entrando en la cocina, con su plato y su vaso en las manos. El otro chico le sonrió agradablemente, y el apartamento entero pareció llenarse de luz. Reggie sintió que su corazón daba un saltito de ilusión al verle. Él también sonrió.

—¿Dónde dejo esto, Reggie? —preguntó Dan.

—En esa bolsa —contestó Reggie, haciendo una seña con la cabeza a su espalda, hacia la encimera—. Iremos a tirarla más tarde.

Dan entró y trajinó con la bolsa, mientras en el salón Little B llamaba:

—¡Reggie! ¿Sabes por qué lo ha hecho? ¡El muy bandido creía que no iba a darme cuenta!

—¿Cuenta de qué? —preguntó Reggie en voz alta, divertido.

—¡De que quería distraerme con el maldito juego! —contestó Little B, mientras Paul reía más y mejor.

Reggie sintió que Dan rodeaba su cintura con los brazos desde atrás y que se apretaba contra su espalda. Volvió un poco la cara para sentirle mejor, mientras Dan le hacía un mimito con su nariz cerca de la oreja, y le cuchicheaba al oído:

—Son un caso los dos, ¿verdad?

—Sí —volvió a sonreír Reggie, inclinando la cabeza un poco más para buscar su boca con la suya.

Dan le dejó un besito húmedo y dulce en los labios, pero Little B seguía hablando:

—¡Ayer le dije a este botarate que iba a conseguir que aprendiera a jugar bien a las cartas, sin necesidad de hacer más trampas! ¿Me oyes, Reggie?

Reggie alzó un poco la cabeza para decir:

—¡Sí!

Y volvió a acariciar los labios de Dan con los suyos, apenas rozarlos, mientras Little B proseguía:

—¡Y desde que os fuisteis a la ducha ha estado dándome la brasa con el juego de mesa! ¡Quería que me olvidara de las cartas, te lo digo!

Reggie interrumpió sus caricias para decir:

—¡Pues olvídate de ellas!

Luego se movió para darse un poco la vuelta entre los brazos de Dan y poder besarle mejor. Buscó de nuevo su boca con la suya, con un ronroneo, y le dejó un bocadito travieso con los dientes en el labio inferior. Dan sonrió.

—¿Nunca te cansas de provocar, Señor Bomba Sexual? —cuchicheó.

Reggie soltó una risita. Frotó su nariz contra la de él y ronroneó:

—Es que eres delicioso.

—Mmm... Esa voz...

Dan mordió sus labios, despacio y concienzudo. Como si viniera de muy lejos, Reggie escuchó la voz de Little B protestar:

—¡No es tan fácil, Reggie! ¿Me estás oyendo? ¡Jordan ha debido traerse el juego más difícil que hay en el mercado! ¡Y si es difícil para mí, no te digo ya para el botarate!

Paul parecía ser incapaz de parar de reír. Reggie rompió el beso para murmurar:

—¿No hay manera de que nos dejen? Me siento el padre de los dos, caramba.

Dan apoyó su frente en la de él, riendo entre dientes. Después se estiró hacia delante y volvió a atrapar la boca de Reggie con la suya. Reggie dejó escapar un ronroneo sordo de placer. Mientras, en el salón, Little B continuaba:

—¡No, no, Paul! ¡O jugamos a esta mierda los cuatro, o no hay juego que valga! Tengo que enseñarte a jugar bien a las cartas. ¡De hoy no te libras!

—¡Pero si hago trampas a posta, hombre! —exclamó Paul, riendo—. ¡Para escucharte!

—¡Ah! —se desencajó Little B—. ¿En serio? —Y volvió a llamar—: ¿Has oído lo que ha dicho, Reggie?

Reggie se sobresaltó al oír su nombre, pero esta vez no rompió el beso. Dan le estaba acariciando los labios con los suyos, y con los dientes, y con la lengua, suavemente y dulce... ¿Cómo iba a apartarse ahora? ¡De ningún modo! Y total, ¿para decir qué, si no podía pensar? Ni tampoco quería, ¿eh? Conste...

—¡Sí, Paul! ¡Eso son excusas! —prosiguió Little B, que no pareció necesitar respuesta por su parte—. ¡Sé reconocer a alguien que no sabe jugar cuando lo tengo delante!

Dan empezó a descender a besitos por su barbilla, teniendo cuidado de no rozar el lado donde estaba el morado, sino solo el lado sano. Enterró la nariz en su cuello, y Reggie le abrazó, apoyando los labios sobre uno de sus hombros, con una sonrisa. Este hombre era lo más maravilloso que le había pasado en la vida.

«Y tan mimoso... Tan dulce...», pensó, rodeándole con los brazos y estrechándole con cuidado contra sí. «Le quiero muchísimo».

—¿Soy demasiado pegajoso? —murmuró Dan en su oído, dejándole pequeños besitos en la oreja y el pelo.

Reggie se extrañó por la pregunta. Abrió los ojos y parpadeó, susurrando:

—¿Pegajoso? ¿Por qué?

—Bueno, con lo que acaba de pasar... Tal vez has tenido suficiente ración de besos y mimos.

—Oh, pero qué cosas tienes —contestó Reggie. Le apretó un poco más, con ternura ahora, y frotó su cabeza contra la de él para hacerle un mimito, ronroneando—: Eres delicioso, ¿no te lo he dicho? Nunca podría cansarme de esto.

Sintió que Dan sonreía, y escuchó que le cuchicheaba al oído:

—Te quiero, Reggie.

Su respiración le acarició la oreja, cálida y liviana, y su voz se le fue directa al corazón. Reggie sonrió otra vez, sintiéndose el hombre más feliz del mundo.

—Yo también te quiero, Danny —contestó, metiendo la nariz en el cuello de su compañero—. No sabes cuánto...

Le dejó un bocado juguetón, que debió hacerle cosquillas, porque Dan se sobresaltó y se rió, rodeando su cuello con los brazos. Reggie le besó el lugar que acababa de morder, conciliador. Su compañero hizo un ruidito de placer, y Reggie se sintió, además de feliz, agradecido y afortunado...

Capítulo 3

Mientras Reggie estaba en su nube de algodón dulce, William continuaba dándole vueltas a su nuevo descubrimiento. Había apartado el libro a un lado, porque no lograba concentrarse en su lectura, y había apoyado la barbilla sobre las manos, mirando ante sí sin ver. En su mente giraba en círculos la pregunta: «Ahora ya sé quién es Jonathan. Y también que es muy probable que sea la pareja de David. ¿Cómo podría usar esto en mi beneficio?».

Solo se le ocurría una manera: tratar de extorsionar a David, de presionarle para que le dejara marchar.

De hecho, con la poderosa imaginación que tenía, casi era capaz de ver en su cabeza el escenario. No tenía armas ni nada que se le pareciera, pero en la bandeja quedaban los platos y envases vacíos de los batidos, y también el tenedor de plástico que había usado para comer la tarta. Le echó una ojeada a este último de través.

«Se doblará si hago un poco de fuerza», se dijo. «Pero esos dientes pinchan. Podría servir para intimidar... Quizás...».

Trató de idear cómo lo haría. Lo primero sería limpiar el tenedor y esconderlo en su saco de dormir. La próxima vez que David tuviera que entrar en la habitación para algo, William se pondría en pie de un salto. Se abalanzaría sobre él, lo agarraría por un brazo, y tiraría de él hacia el otro extremo de la habitación, lejos del grandullón. Pillado por sorpresa, David no sería capaz de defenderse...

«Rodearé su cuello con un brazo, y con la otra mano le pondré las puntas del tenedor aquí, bajo la mandíbula, donde está el pulso», pensó.

Y luego le gritaría al otro tipo:

—¡Ábreme la puerta negra, o se lo clavo en el cuello!

Claro que si viniera Jonathan en vez de David sería mejor. El grandullón llamaría al jefe, y David vendría en seguida y cedería. Haría cualquier cosa con tal de que William no le hiciera daño a su chico...

Igual que Troy.

«Le conozco, se parecen», se dijo. «Si ve a su novio amenazado, David...».

¿Cedería? ¿Sí? ¿Acaso había cedido Troy?

«¡Pero es distinto!», se contestó. «Troy...».

No, era lo mismo. Troy también estaba atrapado entre la espada y la pared. De nuevo, William casi podía verlo con los ojos de la mente: la puerta abierta de la habitación, el

grandullón junto a ella... Y David plantado en el umbral, clavándole sus fríos ojos azules, con odio, resentimiento y decisión, todo a la vez...

«¡Sería una traición!», se dijo. «Con lo bien que me ha tratado...».

Pero había que sobrevivir, ¿no? Había que salir de aquí...

«David ha dicho que me soltarán hoy, y Jonathan también. ¡Les creo!», se repitió, desesperado.

¿Sí? ¿Hasta cuándo debía estar creyendo a unos desconocidos que le tenían prisionero? ¿Y si le estaban mintiendo?

«Pero, ¿no ves que es una completa locura?», se respondió. «¿Qué clase de arma es un maldito tenedor de plástico, para empezar? ¡David se reirá de mí! ¿Y qué haría entonces? ¿Se lo clavaría a Jonathan en el cuello? ¿En serio? Si David se negara a ceder, como ha hecho Troy, ¿le haría daño yo a su novio para presionarle?».

Dejó caer los brazos y resopló, abatido. No, William no era capaz de hacerle daño ni tan siquiera a una mosca. Mucho menos a un hombre de su misma estatura y más corpulento que él. Al final, tendría que soltarlo... Eso si el otro no se le escapaba antes...

«Y Jonathan echaría a correr hacia David», continuó fantaseando. «Y David le abrazaría, y luego me miraría a mí de modo terrible, y me haría saber la imbecilidad que acababa de hacer, y cómo pensaba hacérmelo pagar. Se acabaría esto de vivir aquí como un huésped, William. Entonces sí que empezaría el infierno. David no me perdonaría esa traición. Y la verdad, si yo fuera él, tampoco lo haría...».

Y todo esto era pensando que de verdad consiguiera hacerse con Jonathan, cosa poco probable. El grandullón aquel no le quitaba ojo. En cuanto William se acercara a su compañero, le enviaría contra la pared de un empujón...

«Además, no. ¿Qué demonios?», se dijo, sacudiendo la cabeza. «¡No odio a Jonathan, ni a David! Ellos se están portando bien conmigo. El verdadero culpable de todo esto es Jordan, no ellos. Ellos son buenos. Son víctimas de ese diablo, igual que yo».

Enterró los dedos en su pelo, medio húmedo aún, y volvió a resoplar.

«En realidad, lo único que me pasa es que estoy desesperado», concluyó. «Y estoy preocupado por Troy. Yo estoy bien, pero él no lo sabe, y debe estar sufriendo un montón. Debe creer que me está condenando a muerte. Y tal vez sea verdad, porque... ¿Qué hará Jordan cuando den las nueve, y Troy no haya disuelto el grupo?».

Por cierto, ¿qué hora podría ser? ¿Habría expirado ya el plazo?

William no tenía medio de saberlo. Suspiró. Se sentía de pronto exhausto, y no de cuerpo, sino de mente y de corazón.

Pero este ejercicio de imaginación, esta dura prueba moral, si se le quería ver así, le había servido para aprender dos cosas de sí mismo.

La primera era que era mucho más noble e íntegro de lo que él mismo creía. No iba a traicionar a David. No iba a hacerle daño, ni a él ni a Jonathan...No iba a hacer nada. Solo iba a esperar, y a confiar, una vez más, en que su intuición no le hubiera engañado con ellos. Eran buenos, y le soltarían hoy. William quería creerlo.

La segunda cosa era que... Notaba una curiosa afinidad con Jonathan. Sentía que se parecían.

«No sé por qué», se dijo. «Tal vez porque yo habría tenido el mismo miedo si un prisionero hubiera abrazado a Troy... O tal vez porque David es el jefe aquí, igual que Troy lo es de nuestro grupo, y sé lo que es ser el novio del jefe... En todo caso, no me cae tan mal como debería, teniendo en cuenta que es uno de mis secuestradores. Es curioso...».

Le gustaría poder volver a ver a ese tal Jonathan y cambiar más de dos palabras con él. Algo le decía que podrían llegar a llevarse bien... O todo lo bien que un prisionero podría llevarse con un secuestrador...

«No son malos», se repitió. «Jordan les ha lavado el cerebro, o les ha pagado una suma astronómica, o las dos cosas. Pero ellos no son malvados de profesión. Y eso me da esperanzas».

Con otro suspiro y una sonrisita triste, se echó el pelo hacia atrás con ambas manos, retomó el libro, y volvió a colocarlo sobre sus rodillas.

La prueba había pasado. Ahora ya no se sentía desesperado ni preocupado, sino solo cansado, y con unas ganas tremendas de evadir la mente y olvidarse de todo esto por unos minutos. Sin más, buscó la página donde se había interrumpido, y continuó leyendo.

Esta vez sí que consiguió sumergirse en la historia. Su pobre corazón lo agradeció un montón.

Dan Nobody estaba en el cielo, abrazado a Reggie, muy pegadito a su cuerpo, y sintiendo escalofríos por los besitos y mimitos que su compañero le estaba haciendo en el cuello, cuando volvió a sobresaltarse. Pero en esta ocasión fue por la voz de Little B.

—¡Eh! —exclamó su colega—. ¡Vosotros dos! ¡Pero bueno! ¡Habéis estado media mañana en la ducha! ¿Nunca tenéis bastante?

—Se te está enfriando el café, Reggie —añadió Paul, con una risita.

Dan abrió los ojos y miró a la puerta, asomándose por detrás de la cabeza rubia de Reggie. Sus dos compañeros continuaban sentados en las sillas, pero habían estirado el cuello para

mirarles, Paul con una sonrisa y Little B con expresión ultrajada.

—Es verdad —murmuró Dan, avergonzado. Empezó a apartarse, de mala gana—. Tienen razón, Reggie. Lo siento.

Deshizo suavemente el abrazo, dejando que sus manos navegaran por los hombros y el pecho de Reggie. Este continuaba sujetando su cintura con las suyas, y se estiró para dejarle un besito en la mejilla, ronroneando:

—Yo no lo siento, la verdad.

Dan le sonrió, un gesto tímido y fugaz. En seguida bajó la vista. Cuando entró en la cocina, venía solo para dejar su plato y su vaso. No creyó que fueran a enredarse los dos de esta manera, no había sido su intención hacerlo. Tenía razón Little B, acababan de llegar del baño, y por su parte venía bien desahogado. ¿Qué le había ocurrido? ¿Por qué había permitido que sus amigos les avergonzaran así?

«Es el cuerpo de Reggie», se dijo. «Parece hecho para estar con el mío. Cuando estoy entre sus brazos, se me olvida todo lo demás. Y su boca es mi perdición...».

No pudo evitar echarle una ojeada a dicha boca. Aquellos labios finos y suaves estaban sonrosados. Les dejó un besito pequeño y liviano, a modo de promesa para más tarde, y le murmuró:

—Termínate el café, ¿vale?

—M-m —respondió Reggie, con sus ojos clavados en los suyos.

Había una sonrisita tierna en su mirada, mezclada con abierta admiración. Lo dejó ir muy a desgana. De hecho, Dan se apartó, pero Reggie continuó sujetando una de sus manos en la suya mientras se alejaba, acariciándola al mismo tiempo que su mano se deslizaba sobre la de él. La siguió con la suya hasta que los dos estuvieron demasiado lejos como para poder tocarse. Luego la dejó caer, inerte, sobre su costado. Pero sus ojos azules, serios y escrutadores ahora, seguían prendidos de los suyos.

—¿Has comido bien, amor? —le preguntó—. ¿Tienes más hambre? ¿Quieres alguna otra cosa? ¿Galletas? ¿Otro batido?

—No, no. Estoy lleno.

—¿De verdad?

—Sí.

Reggie asintió.

—Vale. Entonces me tomaré el café, y en seguida iré con Paul a recoger la bandeja de William.

Dan ya iba a salir, y de hecho, estaba en el umbral, cuando escuchó esto. Se detuvo y se volvió de nuevo para mirarle. Reggie se había movido para mirar a la mesa, donde aún estaba su taza de café, y la removió con la cucharilla en silencio.

«¿Se lo digo ahora?», pensó Dan.

Antes de irse los dos a la ducha, Dan ya pensó que Reggie llevaba demasiada carga, y que si había alguien que pudiera aliviársela, aunque fuera en parte, era él. En aquel momento no dijo nada, porque estaban los dos nerviosos y tenían otras cosas en la cabeza, pero ahora que Reggie hablaba de ir al cuarto de William otra vez...

Si había una ocasión para que pudiera ofrecerse y ayudarle realmente, era esta. Dan quería hacerse cargo de William, acompañado de Paul, y dejar a Reggie el resto, lo más difícil, que era seguir lidiando con Jordan y llamar a Troy, cuando hubiera que hacerlo. Pero tenía sus dudas acerca de si Reggie se lo iba a permitir o no. Todavía no habían hablado sobre ello, así que no lo sabía.

«Antes no fue buen momento, y me alegro de no haber sacado el tema, pero... ¿Lo es ahora?», se preguntó.

Se mordió los labios. Reggie tomó un sorbo de café y le miró otra vez. Le dirigió una pequeña sonrisa. Era evidente que no tenía ni idea de lo que estaba pensando...

«No. Ya he interrumpido su desayuno una vez», se dijo Dan. «Y el pobre ha comido de pie. Le he oído trajar en la cocina, seguro que ha estado ordenando cosas mientras comía. Es mejor esperar».

Reggie le dirigió una mirada interrogativa por encima del borde de su taza, mientras volvía a llevársela a los labios, como si dijera sin palabras: «¿Ocurre algo?». Dan sacudió un poco la cabeza en un gesto negativo, esbozó otra sonrisita a su vez, bajó la vista y salió en silencio a reunirse con sus amigos.

Cuando Troy salió del baño y se reunió con ellos en el recibidor, no traía ninguna cara rara. Su expresión era decidida y firme, y parecía estar pensando solo en la misión que iban a llevar a cabo. Seth lo agradeció.

—Seth, si llamara Max o Hudson, diles que hemos salido a dar un paseo y a comprar unas cosas —le dijo, poniéndose su chaqueta de cuero.

—Está bien.

—Y si llamara el secuestrador... —prosiguió Troy.

«¿Otra vez?», pensó Seth. «Me están poniendo el cuerpo malo entre todos, caramba. Parece

como si fuera a llamar de verdad...».

Se esforzó por mantener el rostro impassible, por no hacer caso de la inquietud y por estar atento, mientras Troy concluía:

—Dile que regresaré antes del almuerzo, y que yo también tengo algo que decirle.

—¿Decirle el qué, Troy? —se extrañó Austin, mirándole con el ceño fruncido.

—Ya lo veréis... Si vuelve a llamar. —Troy se dirigió a la puerta, añadiendo—: Vamos, se nos va a hacer tarde. Frank, ¿te importa si vamos en tu coche?

—Yo lo daba por hecho —contestó Frank—. Es pequeño, discreto, y estoy seguro de que yo tengo la cabeza más despejada que tú para lidiar con el tráfico de Nueva York. Al menos he dormido, cosa que tú no. Además, es mejor que vosotros dos vayáis pendientes de las calles, por si reconocéis a alguien.

Troy asintió.

—Estupendo. —Le dio una palmadita en el hombro al guardaespaldas—. Gracias, Frank. —Miró a Austin—. ¿Vamos?

—Sí, jefe —murmuró el batería.

Troy salió y Frank le siguió.

—Tardaremos lo menos posible, Seth —le dijo el primero—. No me quedo tranquilo del todo dejándote solo.

«¡Otro igual que Austin!», pensó Seth. «Anda que vaya dos. Claro, como a ellos les da terror del teléfono...».

Le sonrió a su amigo, contestando:

—Estaré bien. Cuidaos vosotros.

Troy asintió. Murmuró un «hasta luego», y se dirigió al ascensor. Caminaba erguido, pero a Seth le pareció ver sus hombros cargados, y sus pasos menos firmes que de costumbre.

«Y no es extraño, con lo poco que hemos dormido esta noche», pensó. «Los tres estamos cansados, más él. Fitzgerald le ha dado un buen susto...».

De nuevo, Frank se fue detrás de Troy. Pero Austin se quedó por un instante en el umbral. Miró a Seth a los ojos y murmuró:

—¿Qué habrá querido decir con lo del secuestrador? ¿Qué querrá decirle?

Seth se encogió de hombros, poniendo cara de no tener ni idea. Austin le miró de modo penetrante.

—Bueno, tú ten cuidado, ¿vale? —susurró.

Seth asintió.

—Y vosotros también —repuso.

Frank salió detrás de Troy, camino del ascensor. Pero apenas dio unos pasos y llegó a la mitad del pasillo, se detuvo. No escuchaba los pasos de Austin a su espalda. ¿Le ocurriría algo?

Se volvió. Y vio que el otro joven estaba aún de pie, delante de la puerta. Miraba a Seth con complicidad mientras murmuraba:

—Bueno, tú ten cuidado, ¿vale?

—Y vosotros también —asintió Seth, con una curiosa expresión de ternura en los ojos.

En ese momento, intervino Troy:

—¡Austin! ¡Cuanto antes salgamos, antes estaremos de vuelta! ¡Vamos!

—¡Voy, jefe! —contestó Austin, caminando deprisa para reunirse con ellos.

Pasó por el lado de Frank, con las manos metidas en los bolsillos de la cazadora, sin mirar atrás. Frank le dirigió a Seth un saludo con la mano, y el bajista le saludó a su vez, con una pequeña sonrisa. La puerta del ascensor se abrió, y Frank corrió a meterse en él con sus dos acompañantes. Ya no vieron más a Seth, solo la puerta metálica que se cerraba de nuevo ante ellos.

«Troy no parece haberse dado cuenta de la mirada que han cambiado estos dos», pensó Frank. «Pero ha sido tan curiosa... La preocupación de Austin, y la ternura de Seth... ¿Serán pareja?».

No tuvo tiempo de responderse, porque Austin ya estaba diciendo, aún con las manos en los bolsillos y mirando ante sí, con todo el aire de un crío castigado:

—Seth le está echando un par, Troy. Se ha quedado ahí solo con el teléfono.

Troy asintió, y le puso una mano en el hombro, contestando:

—¿Y quién mejor que él, Austin?

A Frank le extrañó la frase. Alzó una ceja y dijo:

—¿Tú? No por nada, sino porque el secuestrador dijo que solo quería hablar contigo...

Los dos jóvenes negaron con las cabezas, y Troy repuso:

—Eso es porque no conoce a Seth. Con lo tranquilo y calmado que es, resulta insuperable como negociador.

Esbozó una sonrisita admirada y orgullosa, y Austin también sonrió, un gesto pequeño, pero muy parecido al de su amigo. Frank volvió a maravillarse del espíritu de equipo que tenían estos chicos, de cuánto se apreciaban y se respetaban, y de cuánto valoraban las cualidades que tenían los demás.

Pero ahora que pensaba en ello, cayó en la cuenta de algo...

—Por cierto, Troy, no te lo he dicho —comenzó.

El ascensor llegó abajo y la puerta se abrió. Troy preguntó:

—¿El qué?

—Gracias por haber confiado en mí, contándome lo de anoche.

Troy volvió a sonreír, mientras los tres salían en dirección a la calle.

—Oh, de nada. Eres uno de los nuestros, ya te lo dije antes.

Su sonrisa se hizo más genuina, y Frank también sonrió. Qué alegría le daba oír eso. Cada vez le ilusionaba más la idea de llegar a formar parte de este equipo. Si ahora que estaban bajo estrés trabajaban bien juntos... ¿Qué serían capaces de hacer, cuando William volviera a estar en casa, y estuvieran relajados y felices?

«Leyenda», se respondió. «Eso me dijo mi compañero, el que me dio la cinta de ellos. Dijo que Troy quiere ser leyenda. Y a mí me encantaría poder estar allí para verlo».

Capítulo 4

Por su parte, Seth cerró la puerta y se fue a la cocina, arremangándose para fregar los cacharros del desayuno.

«Todos están inquietos porque creen que va a llamar al secuestrador, y que va a pillarme aquí solo», pensó. «¡Y nada de eso! ¿Tú sabes lo que va a pasar en realidad, Seth? ¿Lo sabes? Pues que te vas a aburrir como una ostra, eso va a pasar. Así que ve preparando un libro, porque...».

El sonido del teléfono en mitad del silencio del apartamento vacío interrumpió su enojada retahíla mental. Seth dejó caer los brazos y los hombros y resopló, alzando los ojos al techo.

«¡No me digas!», pensó. «¿Está llamando alguien? ¿En serio?».

Parecía que sí, porque el timbre continuaba sonando, inexorable. Con el estómago hecho un nudo de ansiedad, Seth cerró el grifo, agarró un trapo y salió de prisa hacia el salón, secándose las manos. Descolgó en seguida.

—¿Sí? —dijo, en tono un tanto brusco por los mismos nervios.

Le dio igual. No estaba como para andarse con remilgos. Por suerte para él, una voz conocida contestó al otro lado:

—Seth, soy yo otra vez.

Seth soltó de golpe todo el aire de sus pulmones, aliviado. No se trataba de ningún secuestrador. Era Max.

«Mis amigos están acusando los efectos de la presión», se dijo Troy, mientras se dirigían a la calle. «Necesitan estar un rato a solas, para apoyarse y consolarse».

¿Y qué estaba haciendo Austin? Acompañarles, porque sabía que esto era importante para él. Estaba olvidándose de sí mismo, y sacrificando tiempo de estar a solas con Seth para ayudarlo a él. En cuanto a Seth, aunque no le gustara mucho eso de pasear por el Bronx, también había hecho, a sus ojos, un inmenso sacrificio...

«No me gustaría estar en su lugar, la verdad», pensó.

El coche de Frank estaba aparcado en su misma calle, a pocos pasos de la puerta de su bloque. Los tres jóvenes subieron a él a toda prisa. En esta ocasión, Troy se instaló delante, junto

a Frank. Austin dijo, con todo el sentido común del mundo, que él podría indicarle mejor las calles por donde debían ir y demás...

«Me encantaría poder darles ese regalo, el de pasar un tiempo a solas, aunque sean unos minutos. Seth se ha quedado solo, y debe estar ansioso, aunque no lo demuestre. Austin está inquieto. Lo sé, aunque tampoco lo diga...», continuó pensando Troy.

Frank arrancó el motor y se pusieron en marcha al fin. Troy se dijo que tal vez sería buena idea que a su regreso se llevase a Frank a la habitación de música, para dejarles a sus amigos algo de intimidad. Podría aprovechar para mostrarle al guardaespaldas la música que les gustaba a William y a él, a ver si coincidían...

La música también le serviría a él para poder sentir a William más cerca. Le daría fuerzas. O eso esperaba.

Troy no sabía aún que iba a tardar más de lo que él pensaba en llegar a casa. Y tampoco que cuando lo hiciera, Seth ya no estaría solo...

—Olvidé decíroslo antes, pero es de sentido común, Seth —estaba diciendo Max a través del teléfono—. No permitáis que Troy se vaya a hacer locuras. Especialmente, que no regrese al Averno, bajo ningún concepto. ¿De acuerdo?

—Ah... Claro —respondió Seth, sin mucha convicción.

Pero Max debió pensarlo mejor, porque continuó hablando, y su voz engulló su respuesta.

—Mira, lo mejor será que no se vaya en general. ¡Que no salga! Por cierto, ¿dónde está? ¿No debería estar él contestando al teléfono? ¿Y si llama el secuestrador?

«¡Otro más!», pensó Seth, exasperado. «¡Me va a dar algo!».

Apretó un puño para retenerse y tomó aire despacio, tratando de conservar la calma. «¡Tengo que cubrir a Troy!», se repitió. «¡Tengo que decir lo que él me ha dicho!».

—Oh, pues... Acaba de salir con Frank y Austin, Max —dijo, esforzándose por sacar un tono indiferente.

—¿Que se ha ido? —se horrorizó Max.

—Sí. Empezaba a estar ansioso, ya sabes cómo es. Se agobia cuando está en casa, sin nada que hacer...

«Esto no es verdad», pensó. «Troy ama estar en casa, y se entretiene de mil maneras. Estudia música, ensaya, compone... Espero que Max no se acuerde y que no descubra la mentira,

por favor...».

—Pero, ¿a dónde ha ido? —se espantó Max—. ¿Cómo me dices esto, y te quedas tan tranquilo?

—Porque solo han ido a dar un paseo y a comprar unas cosas, Max —explicó Seth, todo lo amable y calmado que pudo—. No tardarán en volver.

—¿Seguro? Mira que yo ya no me fío...

—Seguro. Si Troy ni siquiera ha cogido las llaves del coche...

Esto sí era verdad. Pero solo porque Frank sí llevaba las suyas...

«Me va a crecer la nariz de tanto mentir, ya verás», pensó Seth, tocándose con la mano libre la punta del apéndice nasal, para comprobar que no se le había puesto el doble de largo.

—Bueno, entonces espero que regresen pronto de verdad —gruñó Max—. Dile a Austin lo que te he dicho. Y a Frank. Que él os ayude a retenerlo allí. No quiero ni pensar que ese loco haga como ayer por la tarde...

—No, no —dijo Seth—. Ya ha aprendido...

Pero de nuevo, Max no se paró a escucharle. Alterado, interrumpió, como si se le acabara de ocurrir:

—¡O peor aún! ¡Que intente ir él solo a rescatar a William al Averno!

Seth se llevó ahora la mano a la frente, pensando: «¡Ah, Max! Si tú supieras... Troy tiene razón. Es mejor que no lo sepas».

Y con esta idea en mente, se preparó para mantenerse firme y disipar las sospechas del mánager de una vez por todas. Max no iba a enterarse de lo de anoche ni de a dónde habían ido sus amigos. Al menos, no mientras que él pudiera impedirlo...

—Bueno, Paul. ¿Vamos? —dijo Reggie.

Dan levantó la cabeza. El batería había salido de la cocina y se había situado de nuevo entre sus dos amigos. Una de sus manos estaba apoyada sobre el hombro de Paul, y le miraba amablemente. Dan sintió que se le aceleraba el corazón. Y no era solo por lo guapo que era Reggie, que también...

«Tengo que decírselo», se repitió. «¿O a cuándo voy a esperar? Si sigo callado, irá él con Paul, y yo seguiré siendo el novio cobarde. Reggie no merece eso. Quiero ayudarle de verdad.

¡Necesito hacerlo! Soy el único que puede quitarle esa carga...».

—¿A dónde? —preguntó Paul, alzando la vista hacia Reggie con curiosidad.

—A recoger la bandeja de William —contestó el otro Red Devil.

Con el corazón en la garganta, Dan juntó todo su valor y dijo:

—Ah... Déjame que vaya yo en tu lugar, Reggie.

Se movió deprisa para salir del sofá, agarrándose a la mesa con ambas manos. El costado le dio una punzada al ponerse de pie, y tuvo que morderse los labios para retener una mueca de dolor. No quería que Reggie la viera, y menos justo ahora...

Por su parte, Reggie había vuelto la vista en su dirección y preguntaba, sorprendido:

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque tienes demasiada responsabilidad. No es justo que lo cargues todo tú solo.

—A mí no me importa, te lo aseguro —respondió Reggie. Miró a Paul con una sonrisita, añadiendo—: Ya nos hemos acostumbrado, ¿verdad?

Paul esta vez no sonrió. Tampoco dijo nada. Miró a Reggie y luego de nuevo a Dan mientras este decía:

—Reggie, quiero ir yo.

Se rodeó con los brazos, llevándose una mano al costado con disimulo. El puñetero le dolía de veras... ¡Y el jefe no debía verlo!

La sonrisa de Reggie se esfumó. Volvió a parecer sorprendido, pero su voz sonó seria cuando dijo:

—No, Danny. William podría reconocer tu voz. No vamos a correr ese riesgo.

—No va a reconocerme —contestó Dan.

Reggie hizo una mueca de incredulidad, volviendo la vista. Dan insistió:

—¡En serio, Reggie! ¡No lo hará!

—¿Y tú cómo lo sabes? —dijo Reggie.

—Porque...

Dan titubeó. Miró a sus tres compañeros, ansioso. ¿De verdad debía decirlo?

Se encontraba de pie, junto a la mesita del teléfono. Los demás estaban al otro lado de la

mesa grande, que se interponía entre ellos. Paul había apoyado los codos en ella, con sus cartas ante sí, abiertas en abanico. Miraba a Dan muy serio, casi solemne. Por su parte, Little B tenía sus propias cartas todas juntas entre sus dos manos, sobre su regazo, y le miraba con grandes ojos. Reggie continuaba de pie en medio de los dos, con expresión insondable. Una vez pasada la primera impresión, sus ojos azules se habían vuelto fríos y escrutadores. Parecía aguardar, a la expectativa. Dan bajó la vista.

—Porque ya he hablado con él —murmuró.

—¿Qué? —se desencajó Little B, espantado.

—¡Eso no es verdad! —dijo Reggie con fuerza, al mismo tiempo.

Dan asintió varias veces.

—Sí lo es.

—¡No! —dijo Reggie, tozudo—. ¡Te lo estás inventando! ¡Hemos estado juntos toda la mañana, y en ningún momento...!

—Fue cuando salisteis a tirar la basura —interrumpió Dan.

Reggie se irguió, sorprendido otra vez, con todo el aire de alguien a quien acabaran de darle de improviso una bofetada. Apretó los dientes.

—¿Y te reconoció? —preguntó Paul.

Dan negó.

—¿Estás seguro? —balbuceó Little B, temeroso.

Ahora Dan asintió. Reggie explotó:

—¡Oh, por favor! ¿Y por qué tenías que exponerte así, a ver? ¿Qué motivo podía haber tan importante? ¿Te llamó él? ¿Fue por eso?

—No. —Dan se abrazó más fuerte—. Le abordé yo.

—¿Y por qué, a ver? —repitió Reggie.

Parecía indignado. Sus ojos echaban rayos. En cambio Paul miraba a Dan con admiración y casi con respeto. En voz suave y amable, dijo:

—Eso es verdad, Dan. ¿Por qué? Si no recuerdo mal, tú fuiste el primero que pensó que William podría reconocernos por las voces. Y desde que llegamos aquí, has dicho que te daba miedo de acercarte a él.

—Ahora ya no —contestó Dan—. Las cosas han cambiado.

—¿*Tanto* como para...? —comenzó Little B.

Paul le puso una mano en un brazo, interrumpiendo:

—Shh, déjalo hablar. Dan no se puso a charlar con William por pasar el rato. Como ha dicho Reggie, debió haber un motivo muy importante. ¿Cuál fue?

Dan volvió a morderse los labios. «Esto ha sido una tontería», se dijo. «Di que en verdad te da lo mismo y deja que vaya Reggie. Al fin y al cabo, él es el jefe...».

«¡No!», se contestó. «¡Le quiero, y quiero ayudarle! Reggie para mí no es el jefe. ¡Es mi pareja! Y trabaja demasiado, arriesga demasiado, expone demasiado en todo esto. ¡Quiero estar ahí para él! ¡Aunque tenga que hacerlo a pesar suyo!».

—¿Danny? —apremió Reggie.

Dan se dio cuenta de que el silencio se había alargado demasiado, y que los tres estaban esperándole. Volvió a recorrer todas las caras con la vista. La de Paul era amable... Little B parecía estupefacto... Reggie continuaba tenso, serio y reservado.

«¡Oh, Reggie!», pensó Dan. «¿Por qué no te dejas ayudar?».

—¿Por qué hablaste con William? —insistió Reggie.

Dan volvió la cara.

—¿Qué importa eso? —rezongó.

—Importa, Dan —dijo Paul suavemente—. Creo que Reggie necesita saberlo.

Dan miró al cantante, confuso. Otra vez estaba dando muestras de saber más de lo que parecía. ¿Y cómo sabía Paul que Reggie lo necesitaba? Ni siquiera podía saber de qué habló con William. ¡Él estaba fuera con Reggie!

—¿Yo? —se extrañó Reggie, volviendo a mirar a Paul—. ¿Por qué?

—Porque el único motivo que se me ocurre por el que Dan haría una cosa así es ese. Por ti —contestó Paul.

Little B dejó caer los hombros, exclamando:

—¡Oh, hermano! ¿En serio? ¿Hasta ese punto estás colado por el jefe? ¡No me jodas!

—¿Y qué si estoy colado? —se defendió Dan—. ¿No es tu cuñado?

—Pero arriesgarte de esa manera...

—¡Os digo que William no me reconoció!

Reggie alzó una mano para pedir calma. Su voz no sonó enfadada, y su tono fue mucho más amable que antes cuando dijo:

—Danny, ¿no nos lo vas a contar?

Dan volvió la cara otra vez.

—No quiero —gruñó.

—¿Es por lo que dice Paul? —insistió Reggie—. ¿Lo hiciste por mí?

Dan asintió, sin mirarle. Reggie repitió:

—¿Por qué, Danny?

—Yo... Me asusté mucho cuando te abrazó. Pensé que te arrancaría el pasamontañas...Pero no lo hizo, y no sabíamos por qué. Así que le pregunté.

Reggie no contestó en seguida. Se había quedado perplejo, mirándole con los ojos muy grandes de asombro y estupefacción. Little B exclamó:

—¿Por eso? ¿Solo por eso te arriesgaste a que William te reconociera?

—¡Necesitaba saberlo! ¿Vale? —contestó Dan—. ¡No podría quedarme tranquilo la siguiente vez que Reggie tuviera que entrar allí! ¿No lo entiendes?

—Tú no lo viste, Little B —terció Paul—. Yo también tuve miedo.

—Pero preguntarle a William... —balbuceó Reggie.

—Reggie, te estás jugando mucho por nosotros, por protegernos a los tres —continuó Dan—. Desde el principio te ha dado miedo de que William pudiera reconocerte, pero sin embargo, vas y le hablas... Y no lo haces solo porque haya que hacerlo... ¡Lo haces por nosotros! Cuando William te abrazó... Si te hubiera visto la cara... Ahí habría terminado todo para ti. ¡Y tú lo sabes!

Reggie no respondió. Se había quedado mudo e inmóvil, mirándole aún con grandes ojos, como si jamás hubiera esperado esto de él. Little B preguntó:

—¿Y por qué no lo hizo? ¿Te lo dijo?

Dan asintió. El dolor de su costado había pasado, de modo que se irguió un poco más, tomando aire profundamente. Lo soltó poco a poco, comenzando:

—Le dije que me llamo Jonathan y que soy amigo de David.

Paul esbozó una sonrisita.

—¡Muy bueno! —dijo.

—William dijo que David se está portando muy bien con él, y que él no ganaría nada haciendo una cosa así, solo buscarse problemas. Dijo que su única intención fue darle las gracias, porque le dio mucha alegría lo que le dijo Reggie, y que habría sido ingrato por su parte descubrirle a traición.

Paul asintió.

—Es verdad. Yo habría pensado lo mismo.

—Pareció ofendido —continuó Dan—. Dijo que no es la clase de gente que abraza por delante y apuñala por detrás.

—Ah, muy noble por su parte —dijo Paul.

Dan volvió a mirar a Reggie a los ojos, concluyendo:

—Yo creo a William, Reggie. Creo que estamos a salvo con él.

—¡No, hermano! —intervino Little B—. ¡Reggie está a salvo! ¡Es él quien se está portando bien con William! ¡A ti te acaba de conocer!

Dan negó con decisión.

—No. Los dos estamos a salvo. Si hago lo mismo que Reggie...

—No, Danny —habló Reggie al fin, sacudiendo la cabeza.

—Reggie...

—No, no voy a dejar que corras ese riesgo. Todavía si yo estuviera enfermo, o tuviera que ir a otro sitio...

—¿No lo entiendes? —dijo Dan, desesperado—. ¡Por eso lo hago! ¡Para protegerte! ¡Tienes que estar descansado y fuerte para poder lidiar con Jordan y con Troy!

—Recoger la bandeja de William no va a cansarme, Danny.

—¡Reggie, llevas demasiada carga! Jordan está raro contigo. Ya te ha anunciado que tendrás que volver a llamar a Troy, con lo poco que te gusta la idea. No sabemos si esto se acabará durante el día de hoy, o cuándo... ¡Y mañana tienes un concierto importante, y no puedes ensayar siquiera! ¡Quiero ayudarte en lo que pueda! ¿Tanto te cuesta dejarte ayudar?

—Joder, ahora que lo has dicho... —murmuró Little B—. Yo estaría para reventar, si fuera el jefe.

—Pues yo no, Little B —dijo Reggie—. ¿Y sabes por qué no? Porque alguien tendrá que hacerlo.

—¡No, Reggie! ¡Vas porque te importamos! ¡Te importa tu grupo y te importamos

nosotros! —contestó Dan.

Reggie se volvió de nuevo hacia él.

—¡Exacto! —dijo—. Dices que quieres ayudarme, Danny. ¿Y sabes cómo me ayudas mejor? ¡Quedándote a salvo!

—Reggie, no puedo seguir dejando que lo hagas todo tú solo —repuso Dan, sacudiendo la cabeza.

Paul intervino, volviéndose para mirar a su compañero por encima de su hombro:

—Tiene miedo, Reggie. El abrazo de William le ha dejado huella. Él mismo lo ha dicho. Necesita protegerte.

—¿Y no entendéis que yo también necesito protegerle a él? ¡A los tres! —exclamó Reggie. Miró a Dan a los ojos—. ¿Crees que puedo quedarme tranquilo, dejando que te metas en la habitación de William?

—¿Crees que puedo quedarme tranquilo yo, dejando que vayas tú? —contestó Dan, irguiéndose ahora en toda su estatura.

Reggie volvió a quedarse perplejo. Dan aprovechó su momento de sorpresa para concluir:

—Las cosas han cambiado, Reggie. Para todos nosotros. Tú y yo ya no somos simples conocidos. Y yo ya no soy tu subordinado. Ahora soy tu pareja, o eso creo. Y te guste o no, necesito actuar en consecuencia.

Sin pensarlo más, sacó su pasamontañas del bolsillo y se lo puso, preguntando:

—¿Vienes conmigo, Paul?

—Por supuesto —contestó el grandullón.

Dan escuchó el chirrido de las patas de la silla del cantante al arrastrarse por el suelo. Sintió que otra vez se le aceleraba el corazón.

«¡Lo voy a hacer!», pensó. «Sin el permiso de Reggie, pero lo voy a hacer. ¿Cómo reaccionará William, cuando me vea a mí, y no a David? ¿De verdad he hecho bien insistiendo? ¿O acabo de hacer el imbécil y de perder a Reggie?». ».

Capítulo 5

Reggie estaba completamente perplejo por lo que había dicho Dan. Era la primera vez en su vida que otra persona reconocía y valoraba su trabajo. Estaba tan acostumbrado a hacer las cosas sin esperar nada a cambio, a trabajar en la sombra, sin que nadie se diera cuenta, que ahora que Dan había demostrado verlo y valorarlo, Reggie no podía reaccionar. Los sentimientos le tenían sobrecogido y sobrepasado.

Cuando Dan le dijo que quería conocer al verdadero Reggie, este le creyó solo a medias. Parte de él seguía pensando, de manera casi inconsciente, que eso era imposible. Nadie quería de verdad a nadie. Nadie era capaz de ver de verdad a nadie...

Ahora sin embargo, tenía una vez más la prueba de que Dan sí le estaba viendo, al verdadero Reggie, y no podía dejar de preguntarse: «¿Será esto un espejismo? Es demasiado maravilloso para ser cierto. ¿Será solo algo que me he imaginado? ¿Tan necesitado estoy de conexión y de afecto, que imagino cosas?».

La actitud de Dan se ocupó por sí sola de disolverle todas las dudas. La expresión de su hermoso rostro, decidida y sincera, además de ansiosa y un poco avergonzada, lo decía todo.

La estupefacción de Reggie dio paso al pánico cuando vio a Dan ponerse el pasamontañas. ¡Lo iba a hacer de verdad! ¡Iba a ir, sin su permiso y todo!

Reggie tuvo deseos de gritar: «¡No, no, Danny! ¡Si William te arrancara a ti la capucha, serías tú el que estaría perdido, y no puedo soportarlo! ¡A mí que me haga lo que quiera, pero tú mantente a salvo! ¡No me regales algo como lo que acabas de decirme, y ahora te vayas de cabeza al peligro!».

Quisiera gritar, sí. Pero no podía. Todavía tenía en los labios el sabor dulce de haberse visto valorado y apreciado, por primera vez en su vida, y ya le había caído encima el sabor amargo del miedo.

La primera persona que le valoraba y le apreciaba se iba, a ponerse en peligro para protegerle a él. Reggie quisiera poder moverse para ir corriendo hacia Dan y tratar de impedirselo, pero tenía el cuerpo paralizado. Las emociones le sobrepasaban. Y Reggie, acostumbrado a estar siempre en la sombra, a no ser nadie, a no llamar la atención de nadie, no sabía cómo manejarlas, porque nunca antes había tenido que hacerlo.

De modo que lo único que fue capaz de hacer fue contemplar, impotente, cómo Dan se volvía hacia él y le decía:

—No tardaremos nada. Como no le has puesto el candado, ni siquiera tienes que dejarme las llaves.

Miró a Paul, que asintió, ya con su propia cabeza cubierta, y los dos se encaminaron hacia el

umbral del pasillo. Justo antes de entrar, Dan se volvió una vez más para mirarle a los ojos...

Dan estaba temblando de ansiedad. Sabía que Reggie no iba a perdonarle este acto de insubordinación, pero aún así, su estúpido corazón tenía la lejana esperanza de que, si él se detenía en el último segundo y le daba la ocasión, Reggie reaccionaría al fin, y vendría corriendo a despedirle, con un besito en los labios y un «ten cuidado», o algo similar. Aunque a su regreso volvieran a discutir, tal vez en privado... Aunque Reggie continuara enfadado...

Se volvió para mirarle a los ojos, aguardando. Pero Reggie no hizo nada. Se limitó a permanecer allí de pie, mirándole con una expresión indefinible, que parecía más perpleja que otra cosa.

El silencio se alargó, y Reggie continuaba inmóvil. Resignado, fue Dan quien volvió la cara. Bajó la vista y murmuró:

—Ahora venimos.

Se internó en el pasillo, seguido de Paul. Sentía el corazón pesado y casi ganas de llorar. Algo se había roto entre Reggie y él, y no acababa de comprender por qué. Había anticipado que el otro chico no se lo iba a poner fácil. Pero imaginó que acabaría por ceder al final, por rendirse al sentido común, y por compartir con él su carga. Entre los dos, se les haría todo más liviano...

No había sido así, y Dan estaba confuso y triste. ¿Tanto apego le había cogido Reggie a esto de ser el jefe? ¿Tanto le gustaba, que ya no era capaz de valorar que Dan lo estaba haciendo todo porque le quería?

«Ha sido una mala idea», se dijo. «Y no sé muy bien cómo vamos a arreglarlo... Ni si podremos arreglarlo...».

Reggie sintió un nudo de pánico cerrarse en torno a su corazón cuando vio a Dan desaparecer por el pasillo, seguido de Paul. Sus músculos, que hasta hacía un instante habían estado paralizados por la perplejidad y el miedo, se movieron ahora casi sin su permiso. Con un ruidito de sorpresa y frustración, le dio un rodeo a la silla de Little B y se acercó deprisa al pasillo a su vez. Se asomó, agarrándose a las dos paredes con ambas manos, y volvió a quedarse inmóvil, angustiado.

Por primera vez, se le ocurrió pensar que esto que estaba sintiendo debía ser lo que había sentido Dan todas las veces que había ido él a ocuparse de William. Pero eso no le hizo sentir mejor.

«Se está exponiendo sin necesidad», pensó. «¡Debería haber ido yo! ¿Y todo por qué, a ver? ¿Qué pretende demostrar? ¡No lo entiendo!».

Mientras tanto, Dan continuaba caminando, con la cabeza baja y el corazón pesado. Tenía a Paul a su lado. Su alta y corpulenta figura resultaba tranquilizadora en un momento como este. El cantante le habló en voz baja, suave y amable:

—Le echaste un par a William antes, y ahora se lo has echado también a Reggie, Nobody.

—¿Y de qué ha servido? —contestó Dan—. Solo para que se enfade. Reggie quiere hacerlo todo él, y no comprende que los demás también queramos ayudarle, y protegerle... —Bajó la voz aún más al concluir—: He sido un idiota.

Sintió que Paul le daba un golpecito suave en un brazo, cuchicheando:

—Mira atrás con disimulo.

Dan obedeció, sintiéndose miserable. Se arriesgó a mirar por encima de su hombro, sin que él mismo supiera decir muy bien por qué. Vio a Reggie en el umbral, con la cara descubierta, mirándoles. Estaba agarrado a las paredes con ambas manos, como si de un momento a otro fuera a echar a correr hacia ellos. La angustia y el miedo estaban dibujados con toda claridad en su rostro delicado.

A Dan se le ocurrió pensar que Reggie podría creer que había vuelto la cabeza porque él también tenía miedo, y no señor, nada más lejos. Decidido, miró de nuevo hacia delante, se irguió y caminó más deprisa. Eso sí, por dentro iba pensando: «No sé por qué me pareció buena idea ofrecerme para hacer esto. Ahora me arrepiento de haber dicho nada. No veo el momento de que pase este mal rato. Me pregunto qué va a hacer Reggie después, cuando vengamos... Probablemente nada, solo darme trato de silencio. ¡Nah! Diga lo que diga Paul, he sido un imbécil».

Desde donde estaba, Reggie podía ver las espaldas de sus dos amigos caminar por el pasillo. Dan pareció volverse un poco para mirarle por encima de su hombro, pero en seguida se irguió de nuevo y apretó el paso.

Reggie titubeó. Aún estaba a tiempo de cubrirse la cabeza y de correr hacia ellos. Irían los tres, sea, pero sería él quien hablaría con William. Necesitaba proteger a Dan a toda costa... Aunque fuera en contra de los deseos del propio Dan.

Pero por lo decidido que iba el joven rapero, le parecía que no iba a resultarle nada fácil hacerlo. Dan no quería dejarse proteger. A saber si no emprendía una discusión delante de William. Y esto era lo último que necesitaban en aquel momento...

De modo que Reggie se quedó quieto, mirándoles, consumido por la angustia y la incertidumbre. Si Dan volvía sano y salvo, y con su propio anonimato intacto, tendrían que sentarse a hablar aquello. Reggie solo quería que las cosas volvieran a ser como antes, aunque fuera él quien llevara toda la carga. ¿Y qué? Si a cambio Danny iba a estar a salvo, no le pesaba.

Al fin y al cabo, llevar toda la carga implicaba también tener todo el control... Si lo perdía, ¿quién protegería a Danny? ¿Cómo iba a vivir Reggie con esta incertidumbre, hasta que todo esto acabara?

Little B vio a Reggie titubear en el umbral y morderse los labios con ansiedad. «Verás tú», pensó. «Este es capaz de hacer una tontería».

Se puso en pie y acudió a reunirse con él. Le agarró por un brazo, murmurando:

—Ven, jefe. Siéntate allí conmigo. Si te quedas aquí, le pondrás más nervioso... Ven.

Tiró suavemente de él. Por un primer momento, temió que Reggie se soltaría de su mano, indignado, y que echaría a correr hacia el pasillo. Pero sus temores resultaron ser infundados. Reggie le siguió dócilmente y se dejó conducir de regreso a una silla. Se dejó caer sobre ella, abatido, y murmuró, muy bajito:

—No he debido dejarle ir, Little B. Se está arriesgando por nada...

Little B le dio una palmadita en la espalda, sentándose a su lado.

—Lo hace por ti, no por nada —contestó—. Por ti. Y parece mentira, Reggie. Sois los dos iguales. Igual de valientes, e igual de testarudos. ¿No lo ves? ¿Qué habrías hecho tú, de estar en su lugar?

Reggie levantó la vista hacia el pasillo. Lo miró durante unos instantes, aún abatido y triste, y sacudió la cabeza. Volvió a bajar la mirada a su regazo.

—No puedo saberlo —murmuró—. Solo sé que tengo mucho miedo.

Little B hizo una mueca de simpatía. Le dio otra palmadita y suspiró.

—Yo también, cuñado —respondió con pesar—. Yo también.

William había vuelto a dejar el libro a un lado. De nuevo, estaba demasiado distraído como para poder leer, pero ahora por un motivo muy distinto...

Los dos batidos que había tomado se le habían ido directos a la vejiga por lo que se ve, sin pasar por lo de en medio, y ahora estaba que iba a reventar. Se movió para cambiar de postura, incómodo, y se mordió los labios.

«¿Debería llamar a David a voces?», se preguntó, una vez más. «Qué desagradable es esto, demonios. Lo mínimo es poder ir al servicio cuando uno lo necesite...».

Se interrumpió. Le parecía haber oído... ¿Pasos? ¿Venían pasos por el pasillo?

«¿Quién será?», se dijo. «¿Será David, que sale a fumar? ¿O será algún otro, que viene a ducharse?... No importa. Sea quien sea, yo necesito decirlo. Esto no tiene más espera...».

Se puso en pie. Los pasos se detuvieron delante de su puerta, y una voz conocida dijo al otro lado:

—William, ¿me escuchas?

William se sobresaltó.

«¡Ah, Jonathan!», pensó. «Qué ilusión, chico. Precisamente quería hablar con él un poco más. Qué mala suerte que haya venido en tan mal momento».

—¡Sí, Jonathan! —contestó.

¿Tendría permiso Jonathan para llevarle al baño? ¿O eso tendría que hacerlo David?

«Solo hay un modo de averiguarlo», se dijo.

Y decidido, empezó a hablar...

—Jonathan, perdona, pero necesito pedirte un favor —dijo William muy deprisa, al otro lado de la puerta.

Dan, que ya tenía la mano sobre el cerrojo para abrirlo, se quedó inmóvil. Sorprendido y un poco desconfiado, preguntó:

—¿De qué se trata?

—Necesito ir al baño. ¡Urgentemente! —La voz de William sonó angustiada y un poco

avergonzada—. ¿Puedes llevarme tú, o necesitas llamar a David?

Dan retiró la mano de la puerta y apretó el puño en el aire, contrariado. No había contado con este imprevisto. ¿Y ahora qué?

Levantó la vista hacia Paul y le cuchicheó:

—¿Qué hago?

Paul se encogió de hombros y le señaló con una mano abierta, como diciendo sin palabras: «Ahora tú eres el jefe. Tú decides».

«¿Yo? No», pensó Dan. «No puedo decidir. ¿Cómo voy a decirle que sí, y a dejarle suelto por el apartamento, sin el permiso de Reggie?».

Se mordió los labios. La pregunta de William le había parecido respetuosa y sincera. Por su tono de voz, tenía la sensación de que decía la verdad. Y el detalle de pedir permiso y de contar con David le pareció adorable. Pero, ¿y si se trataba de una estratagema para aprovecharse de él y tratar de escaparse?

«No he debido venir, no estoy preparado para esto», se dijo. «Podría echar una carrera al salón y decirle a Reggie que venga. Pero entonces, ¿de qué habrá servido todo lo que he peleado con él para poder venir? ¿Y qué haría Reggie si lo hago? ¿Se enfadaría aún más? ¿Y si me dice: “No, tú querías ir, ¿verdad? Pues ahora ve y termina el trabajo”? ¿Qué puedo hacer?».

Se retorció una mano en la otra. Ir a buscar a Reggie le haría sentir como un cobarde... Pero dejar a William suelto por el apartamento le parecía demasiado arriesgado. Como había dicho Little B, William no le conocía, y podría tratar de aprovechar que él no tenía la autoridad de Reggie. El prisionero parecía ser muy inteligente... Y era verdad que Dan no tenía la voz, la frialdad, ni el desapego que tenía Reggie cuando hablaba con él...

—¿Jonathan? —apremió William—. ¿Sigues ahí?

Dan chasqueó la lengua.

—¡Maldita sea...! —murmuró para sí. Y sin pensarlo más, apoyó la mano sobre la puerta y dijo en voz alta—: ¡Espera solo un segundo, William! ¡Vengo en seguida!

Sin esperar respuesta, echó a correr hacia el salón.

Paul vio a Dan correr hacia el salón y se sonrió un poquito para sí, admirado.

«Otra vez has demostrado tener un par, Nobody», pensó. «No te ha importado tu orgullo, ni quedar como un cobarde delante de Reggie. Solo has pensado en lo mejor para William y para

nosotros. No sabemos si de verdad necesita ir al baño. Si es así, Reggie sabrá manejar la situación. Lo ha hecho antes...».

A veces era un acto de humildad y de valentía pedir ayuda, cuando uno estaba aprendiendo a hacer algo nuevo y peligroso, y se sentía sobrepasado. Era otra clase de valor, y no todo el mundo lo tenía. Ahora bien, ¿qué haría Reggie?

Paul estiró el cuello para echar una ojeada al salón. Podía ver a Dan, pero aún ni rastro de Reggie. Volvió a mirar a la puerta de William. No le gustaría estar en su lugar en un momento como este...

Little B escuchó pasos que se acercaban a la carrera y se puso tenso. Apretó el brazo de Reggie, ansioso. El batería también levantó la cabeza para mirar al pasillo. Esos pasos querían decir que uno de sus compañeros regresaba. ¿O sería William, que se había escapado? En ambos casos, no presagiaban nada bueno. ¡Algo había salido mal!

Antes de que pudiera hacer o decir nada, su colega Dan Nobody apareció en el umbral. Parecía muy alterado, y traía los ojos grandes de miedo.

—¡Reggie! —exclamó—. ¡William dice que necesita ir al baño! ¡Dice que es muy urgente!

Reggie no lo pensó. Se puso en pie de un salto, y un instante más tarde, estaba junto a Dan, colocándose su propio pasamontañas, mientras preguntaba:

—¿Le has abierto la puerta?

—Aún no. He venido corriendo a buscarte.

Reggie rodeó a Dan con un brazo. Le dejó un besito fugaz en los labios y murmuró, tranquilizador:

—Está bien, cariño. Estoy aquí, no te preocupes. Iremos juntos. —Se volvió hacia Little B—. Cúbrete la cabeza por si acaso, Little B. Venimos en seguida.

Los dos echaron a correr de nuevo hacia el pasillo. Little B se apresuró a obedecer, sacando su pasamontañas del bolsillo y poniéndoselo a toda prisa.

«Cuando va Reggie, esto es lo primero que hacemos los cuatro», pensó. «Hoy estaba tan trastornado, que ni ha caído en la cuenta hasta ahora. ¡Ni yo tampoco! Y se ha llevado a Nobody con él. Podría haberle dicho que se quedara conmigo, pero no lo ha hecho. ¿Por qué?».

Quizás Reggie no quería herir a Dan, haciéndole sentir un crío o un inútil. Quizás pretendía darle ejemplo de cómo comportarse en una situación como esta. O quizás simplemente había tenido tanto miedo durante los últimos segundos, que necesitaba tenerlo a su lado, y no separarse

de él. En todo caso, Little B se había quedado solo en el salón. Y no era una situación agradable...

Capítulo 6

Reggie se sentía emocionado. En cuanto las cosas habían dado un giro imprevisto, Dan había venido a buscarle. No había hecho caso del orgullo, ni le había importado quedar como un cobarde. Había pensado solo en el grupo, y en William, y de un plumazo, le había devuelto a Reggie la sensación de control, que se le había estado escurriendo entre los dedos durante los últimos minutos.

«Es normal que venga a buscar refuerzos. El pobre no sabe», pensó Reggie, mientras corrían los dos por el pasillo, lado a lado. «Nunca antes se ha hecho cargo de William. Y recuerda el miedo que le daba de él ayer, cuando llegamos, que no quería ni acercarse a su puerta... Le está echando un par a muchas cosas. Y yo estoy tan orgulloso de él...».

Le resultaba reconfortante sentir el cuerpo de Dan junto al suyo. Los nervios y el miedo habían desaparecido como por encanto, y en su lugar el alivio y el agradecimiento se extendieron por su corazón. Su precioso rapero estaba de nuevo a su lado, a salvo. Estaban juntos en esto. Teniendo a Dan consigo, como le tenía ahora, sería capaz de mover montañas.

—No te preocupes, mi vida —le repitió, en voz baja—. Resolveremos esto los dos juntos, ¿vale?

—Sí —contestó Dan, con voz pequeñita y tímida.

Se reunieron con Paul en seguida. El cantante le hizo a Reggie un saludo con la cabeza, y Reggie le contestó apretándole un brazo, como para decirle sin palabras: «Estoy aquí. Yo me ocupo».

Sin más, se volvió hacia la puerta y llamó:

—William, me han dicho que tienes que ir al baño. ¿Es verdad?

—Sí, David, por favor —fue la respuesta al otro lado.

—Está bien. Voy a abrir.

Reggie se colocó en posición, con una mano sobre el picaporte y la otra en el cerrojo. Miró a Paul, para cerciorarse de que estaba en su lugar, dispuesto a cortarle el paso a William y que no pudiera correr hacia el salón. Paul pareció leerle el pensamiento, porque asintió, despacio y decidido. Reggie miró luego a Dan, con la intención de decirle que se quedara detrás de Paul, pero...

¡Dan ya no estaba allí! Estaba regresando deprisa al salón, con la espalda pegada a la pared. Reggie estiró el cuello a un lado para poder verle por detrás del cuerpo de Paul, y le llamó en susurros:

—¡Danny! ¿Qué haces?

El rapero se limitó a negar con la cabeza, mirándole muy serio y como con aprensión. Le hizo un gesto con la mano, para indicarle que continuara adelante con lo que estaba haciendo, y luego se dio la vuelta y se marchó definitivamente, con la cabeza baja.

Reggie chasqueó la lengua.

«¡Demonios!», pensó. «¿Nos abandona ahora? ¿Qué puede ocurrirle? ¡No entiendo nada, por mi alma...!».

Frustrado y preocupado, cambió una mirada con Paul.

—Parece que estamos solos otra vez, Paul —le murmuró—. Ocúpate de que no pueda correr al salón, ¿vale? Yo haré el resto.

Paul volvió a asentir. Reggie hizo una mueca. ¡Qué mal momento había elegido Dan para tener un comportamiento extraño! Pero ahora no podía permitirse el lujo de pensar en eso. William. Tenía que mantenerse atento con él. Eso era lo único que importaba.

Pero eso sí, cuando acabara aquí, iba a tener unas palabras con Dan...

William escuchó el chirrido metálico del cerrojo y soltó un leve suspiro de alivio. La puerta se abrió y apareció la familiar figura de David. Sus ojos eran serios, y su voz sonó serena y grave.

—¿Vamos? —le dijo, haciéndole un gesto con la cabeza en dirección al baño.

William asintió. David se hizo a un lado para dejarle pasar, y William corrió hacia el cuartito agradecidamente.

«Parece que no hacen nada sin David», pensó, mientras cerraba la puerta a su espalda. «Y tal vez sea mejor así. Donde hay un jefe, todos sabemos a lo que atenemos. Pero donde hay dos, todo es caos».

Sin dudar, se precipitó sobre la taza y se ocupó de lo suyo. ¡Qué alivio! No sabía si habría sido capaz de aguantar unos segundos más...

Little B volvió a escuchar pasos que regresaban y se puso en pie, preparado para echar a correr a donde fuera en cualquier momento. Le sorprendió ver que el que venía era otra vez su colega Nobody. Caminaba cabizbajo y con aire disgustado.

—¡Nobody! —exclamó Little B—. ¿Qué ha pasado?

—Nada —contestó su amigo, con voz densa.

—¿Nada? —se extrañó Little B—. ¿Te ha mandado Reggie que esperes aquí? ¿Es eso?

—No —contestó Dan.

Sin detenerse, sin mirarle, pasó por su lado en dirección a la cocina, arrancándose el pasamontañas con una pequeña mueca. Little B pudo ver que tenía los ojos húmedos.

—¿Entonces...? —preguntó, confuso—. ¿No ibas a ayudar a Reggie a...?

—A nada, Little B —murmuró Dan, metiéndose en la cocina—. Yo solo le entorpecería. — A Little B le pareció escuchar que añadía, como hablando para sí—: No he sido más que un imbécil...

Little B puso cara de sorpresa, abriendo mucho los ojos y echándose un poco hacia atrás. No dijo nada, pero estiró el cuello a un lado, tratando de tener un atisbo de su amigo. Lo único que logró ver de él fue su espalda. Se había metido en el rincón más apartado de la cocina, y estaba allí quieto, con la cabeza baja y la cara entre las manos.

Little B titubeó. ¿Debería ir a consolarle? La actitud de Nobody le daba a entender que él no lo deseaba. ¡Y William estaba suelto por el apartamento! ¿Y si lograba escapar a la vigilancia de Reggie y a la fuerza de Paul? ¿Y si le daba por correr hacia aquí?

Asustado, se volvió de nuevo hacia el pasillo, retorciéndose las manos. Cada vez que William tenía que salir de la habitación para algo, él lo pasaba fatal. No veía el momento de que acabara todo esto. No solo por William, sino también por él mismo...

Mientras tanto, Paul estaba en su lugar, de pie junto a la puerta abierta de la habitación de William. En cuanto este se metió en el baño, Reggie se volvió hacia él y le cuchicheó:

—¿Qué le pasa a Dan? ¿Lo sabes?

Paul se encogió de hombros, negando con la cabeza. No tenía ni idea, esa era la verdad.

Reggie hizo una mueca de contrariedad y estiró de nuevo el cuello hacia un lado, para tratar de ver algo en el salón. No debió conseguirlo, porque desistió en seguida de su empeño y volvió la vista hacia la puerta del baño. Al comprobar que continuaba cerrada, dijo:

—Aprovecharé para sacar la bandeja.

Se metió deprisa en la habitación y se inclinó para recogerla. Ya salía de nuevo, con ella en

las manos, cuando se escuchó el sonido del agua de la cisterna, y la voz de William dijo, desde detrás de la puerta cerrada del baño:

—¡Qué bien compenetrados estáis, David! Solo he tenido que decírselo a Jonathan, y en seguida estabas tú aquí. Hacéis un buen equipo, ¿lo sabías?

Paul le dirigió a Reggie una mirada de través. No le sorprendió ver al batería con el ceño fruncido, pero sí le preocupó.

«William no ha tenido buen tino diciéndole esto a Reggie», pensó. «Está molesto con Dan, no hay más que verlo. A saber cómo va a terminar para ellos esta aventura...».

Reggie se detuvo en el umbral de la habitación, con la bandeja en las manos. Frunció el ceño. ¿A qué habría venido ese comentario tan extraño por parte de William?

«¡Pff! Que se lo digan a Dan, si hacemos o no un buen equipo», pensó. «Ahora está disgustado, y ni siquiera sé por qué. Su intención era buena. No ha sido culpa suya que William tuviera ganas de ir al servicio justo ahora...».

Como en respuesta a su pensamiento, la puerta del baño se abrió y salió William, con aire mucho más relajado que cuando entró. Sus ojos tropezaron en seguida con Reggie, y al ver que llevaba la bandeja con los platos y envases vacíos de su desayuno, le sonrió sin maldad.

—¡Ah, el desayuno! —exclamó—. Muy rico todo, David. Gracias.

Reggie empujó la bandeja contra el cuerpo de Paul, sin quitarle ojo a William. No quería tener las manos ocupadas mientras el prisionero estuviera suelto por la vivienda. Por suerte, el grandullón pareció entender el mensaje, porque la tomó sin más.

«Paul tampoco debería tener nada en las manos», se dijo Reggie. «¿Lo ves? Danny habría podido ayudarnos con eso. ¿Y dónde está? Disgustado, llorándole a su amiguito Little B...».

Recordó de golpe que tenía a William ante sí, mirándole, y que ahora era él quien estaba al mando de la operación, no Dan. Sacudió un poco la cabeza para volver a centrarse en lo que debía.

—¿Necesitas algo más? —preguntó, tratando de sacar un tono frío y desapegado.

No le resultó difícil hacerlo, la verdad. Estaba molesto con Dan, y deseando acabar aquí para ir a buscarle. No estaba para muchas bromas.

William en cambio no parecía tener ganas de regresar a su habitación. Se le quedó mirando, muy serio ahora, y preguntó:

—¿Sabéis algo de Troy?

Reggie negó, contestando:

—Aún no.

—¿Y qué hora es? Porque seguro que son más de las nueve...

—No lo sé. No tengo reloj —respondió Reggie.

Era la pura verdad, pero la frase le sonó seca y áspera en sus propios oídos. E impaciente, eso también. Lo estaba, y le parecía que no tenía que hacer nada por ocultarlo. Al fin y al cabo, era el jefe de los malos, ¿verdad? Ese era el papel que le había adjudicado Jordan en esta pequeña comedia...

«En mala hora le dije que sí», pensó. «Con lo bien que podría haber estado en mi casa, ensayando, y preparando recetas para quitarme el estrés...».

Aunque claro, si hubiera hecho eso, tal vez nunca habría llegado a surgir lo suyo con Dan...

Reggie tuvo deseos de chasquearse la lengua a sí mismo, por no ser capaz de controlar sus pensamientos. ¡No era el momento de acordarse de nada de esto! ¡William estaba suelto! ¡Tenía que hacer que regresara a la habitación cuanto antes!

Por su parte, William le dirigió una mirada de soslayo a Paul, desconfiado, y luego volvió a mirar a Reggie, preguntando:

—¿Y qué vais a hacer ahora?

—No lo sé. Estamos esperando órdenes.

—¿Órdenes de quién? ¿De Jordan? —insistió William.

—Órdenes. Punto —contestó Reggie.

Las preguntas de William le ponían nervioso. Siempre tenía la sensación de estar hablando demasiado cuando las respondía, y eso le hacía sentir vulnerable. No era agradable.

William le miró de modo penetrante y con algo de reproche, y dijo:

—Me has dicho que podría irme a casa hoy...

—Sí —asintió Reggie—. Pero no dije a qué hora, ¿verdad? —Hizo otro gesto con la cabeza, ahora en dirección al cuarto, añadiendo—: Vamos, regresa dentro.

William resopló y obedeció de mala gana, arrastrando los pies.

—Si te enteras de algo de Troy... ¿Me lo dirás? —preguntó.

—Sí.

—¿Y si te enteras de a qué hora puedo irme? ¿También?

—Sí, William.

—¿Y si...?

—William, por si no lo has notado, tengo prisa —interrumpió Reggie, impaciente.

—Sí que lo había notado, Señor Desagradable —gruñó William, mirándole de través.

Ya estaba dentro, de modo que Reggie agarró la puerta para cerrarla.

—Entonces, ¿por qué sigues tentando a la suerte? —dijo. Empujó la puerta con decisión, concluyendo—: Vendremos después para traerte el almuerzo, ¿de acuerdo?

—Está bien —rezongó William.

Reggie no se entretuvo más. Cerró la puerta en los talones del otro chico y echó el cerrojo. Frustrado, murmuró para sí:

—¡Qué maldita manía tiene con esto de pararse de cháchara! ¡Me pone de los nervios!

Apretó los dientes y le hizo una seña con la cabeza a Paul, mientras emprendía el regreso.

—Anda, vamos.

Paul no contestó. Se limitó a seguirle muy serio, con la bandeja en las manos. Reggie agradeció que no hablara. Él tampoco tenía ganas de más charla, de todas formas...

David cerró la puerta, y en seguida echó el cerrojo. William se quedó de pie, mirando a la puerta por encima de su hombro con el ceño fruncido.

—¡Qué mal carácter! —protestó—. Me ha cerrado en toda la nariz, vaya. Me pregunto qué habrá visto Jonathan en él, y cómo habrá conseguido ganarse a este bloque de granito... Además, ¿a qué vienen tantas prisas, a ver? ¿Tantas cosas tiene que hacer un secuestrador? ¡Nah!

Hizo un gesto de desdén y volvió la cara, sacudiendo la cabeza. Este David era la persona más poco amigable del mundo.

«A lo mejor por eso lo ha elegido Jordan como jefe. A saber...», se dijo.

En todo caso, estaba claro que los demás no hacían nada sin él. Ni siquiera su pareja...

«¿Será su pareja de verdad?», se preguntó William, llevándose una mano a la barbilla, pensativo, y mirando ante sí con el ceño fruncido. «Porque David no ha contestado a la leve alusión que le he hecho... Ha sido muy sutil, desde luego. No me atrevo a decirle nada más para no ofenderle, pero... ¿Lo serán? ¿O habrán sido solo imaginaciones mías?».

No tenía medio de averiguarlo. Y de todas formas, saberlo no iba a sacarle de allí...

Frustrado, se dejó caer sobre su esterilla, con las piernas cruzadas, y apoyó la barbilla sobre ambas manos.

«Dice que están esperando órdenes», recordó. «Serán de Jordan. ¿De quién más va a ser? Y mientras, yo aquí, en la más completa incertidumbre... Y no solo yo. También Troy. ¡Maldita sea...!».

Pero por angustiarse y por hacerse mala sangre, tampoco iba a verse libre de repente. Lo mejor que podía hacer era armarse de paciencia y confiar en que David cumpliera su promesa y le liberase pronto... O que Troy le encontrase antes...

Entretanto, Paul estaba regresando al salón con su compañero Red Devil. Le miró de soslayo desde su elevada estatura, preocupado. Reggie estaba demasiado serio. Caminaba deprisa, tenso y con los labios apretados.

Paul trató de sacar conversación, por aligerar un poco el ambiente.

—Parece que se lo ha comido todo —dijo, mirando a la bandeja que llevaba en las manos.

Reggie no contestó. Tampoco le miró. Parecía sumido en sus pensamientos... Cualesquiera que estos fueran.

Paul no se dejó acobardar por esto. Insistió, tratando de sonar despreocupado:

—Otra cosa no sé, pero de lo que es comer, William se está hartando en estos días. Me pregunto cómo lo hará para estar tan canijo, porque si come así normalmente...

Reggie continuó sin mirarle, pero se detuvo un momento para cogerle la bandeja de las manos.

—Déjame esto —murmuró con voz suave—. Yo lo llevaré. Gracias, Paul.

Y sin esperar respuesta por su parte, se volvió y apretó el paso. Paul vio su espalda erguida y sus hombros tensos caminando delante de él, y le dijo:

—Reggie, Dan no tiene la culpa de que William tuviera ganas de...

—Ya lo sé —interrumpió Reggie, seco y cortante ahora.

Paul no insistió más. Habían llegado ya al salón, y no le parecía apropiado. Pero continuaba muy inquieto. Reggie estaba enfadado. A ver si el episodio no iba a terminar en una nueva discusión entre la parejita...

Little B estaba aún aguardando, mientras se retorció las manos, ansioso, cuando de pronto escuchó pasos que se acercaban deprisa. No tardaron nada en llegar al salón. Ya casi en la puerta, escuchó la voz de Reggie decir:

—¿Se puede saber qué te pasa? ¡Te necesitábamos allí! ¿Oyes?

El propio Reggie apareció en el umbral, con la bandeja en las manos, llena de cosas de plástico vacías, y los ojos azules echando rayos. Se detuvo en seco al ver a Little B y le dijo:

—¿Dónde está Danny?

Little B le hizo un gesto con la cabeza en dirección a la cocina. Reggie apretó los labios con decisión y continuó caminando, sin soltar la bandeja, mientras añadía:

—Tanta historia para ir tú a ocuparte de William, y a la hora de la verdad... ¿Nos dejas solos?

—Ya sé que soy imbécil, Reggie —contestó la voz de Dan, más bajito, desde el fondo de la cocina—. Déjame en paz.

—¡Ah, no, señor! —repuso Reggie.

Little B lo vio entrar a su vez, y escuchó un sonido metálico, seguramente producido por la bandeja, al caer de mala manera sobre el escurridor del fregadero. La voz de Reggie seguía hablando.

—¡Quiero saber lo que te pasa, y quiero saberlo ahora!

Para sorpresa y asombro de Little B, Paul también caminó deprisa hacia la cocina, diciendo:

—Reggie, estás bajo demasiada presión...

Little B estiró el cuello. Paul se había detenido en el umbral. Su ancha espalda ocupaba casi todo el hueco. Pero por un lateral, entre Paul y el marco de la puerta, Little B pudo ver la espalda de Dan allí al fondo, y a Reggie en medio de los dos, junto al fregadero.

El batería se volvió hacia Paul, arrancándose el pasamontañas con un gesto brusco. Dejó sus rizos rubios todo alborotados, pero no pareció importarle. Miró de modo terrible al otro Red

Devil, y contestó:

—¿Queréis dejar en paz mi maldita presión?

—Él también lo está, ¿vale, Reggie? —dijo Paul, en tono conciliador—. ¡Dale tregua!

—Con todo lo que ha formado para ocuparse de William, no puedo darle tregua —repuso Reggie. Se volvió hacia Dan, que continuaba de espaldas en el rincón—. Danny, no ha sido culpa tuya que William tuviera ganas de ir al baño.

—Reggie, ya estoy bastante avergonzado —murmuró Dan, con voz pequeña y triste—. Déjame, ¿vale?

—¿Avergonzado? —fue la respuesta de Reggie—. ¿Avergonzado por qué, a ver?

Little B chasqueó la lengua. Se acercó a Paul, le agarró de la camiseta con dos dedos, y le dio suaves tironcitos para llamar su atención. El grandullón se volvió hacia él, y Little B le cuchicheó:

—Déjalos solos. Son iguales, ¿no los ves? Deja que se entiendan.

Tiró de la camiseta de Paul hacia atrás, hacia el salón y las sillas. El cantante le siguió en silencio. Little B vio que Reggie se acercaba a la puerta de la cocina, con la evidente intención de cerrarla, pero no les miraba a ellos. Tenía la cara vuelta hacia Dan, y el ceño fruncido.

—¿No me dices nada? —le oyó preguntar.

Y la puerta cerrada se interpuso entre ellos y sus amigos. Ya no pudo ver ni oír nada más.

Little B suspiró, quitándose despacio el pasamontañas, mientras Paul hacía lo propio. Se pasó una mano por su corto cabello rizado, con un bufido. ¡Ah, el amor! ¡Vaya cosa más absurda! Enamorarse solo servía para esto, para sufrir y hacer sufrir sin querer. ¡Vaya dos tortolitos! Estaban colados el uno por el otro. ¿De verdad acabarían por hacer las paces?

«Espero que sí», pensó Little B. «Por su bien... Y por el nuestro...».

Capítulo 7

Reggie cerró la puerta de la cocina y se acercó a Dan despacio, haciendo esfuerzos por serenarse y por hablar con más calma. El otro chico continuaba metido en el rincón, de espaldas a él, con la cara entre las manos.

«¿Qué le pasará?», se preguntó Reggie.

Sabía que no había entrado en la cocina con el talante más amable del mundo. Y en realidad, ni siquiera estaba enfadado, sino solo confuso y herido. Todavía se sentía sobrepasado por el amor tan inmenso que había demostrado Dan, y justo cuando los dos podrían haber compartido parte de su tarea juntos... ¿Dan se iba? ¿Les abandonaba? Y ahora estaba aquí, sin querer mirarle, sin querer hablarle... ¿Y decía que era por vergüenza? Reggie no entendía nada.

Se detuvo a dos pasos del otro joven y contempló su espalda desde atrás. Sintió deseos de abrazarle. Aquellos hombros encorvados parecían pedirlo a voces, y su propio corazón también lo pedía. Dan era lo más bonito que le había pasado en la vida. ¿Por qué habría ocurrido todo esto?

«No puedo abrazarle, después de lo mal que he entrado aquí », se dijo. «Necesito arreglarlo antes. Pero, ¿cómo?».

Dan se sentía miserable, aplastado por la vergüenza. Sabía que Reggie estaba con él en la habitación. Le había oído cerrar la puerta, y había escuchado sus pasos acercarse de nuevo a él, despacio ahora. Sentía su presencia a su espalda, oía su respiración... Pero no era capaz de volverse y mirarle a la cara. Tenía los ojos llenos de lágrimas y un nudo en el corazón. Y necesitaba estar solo, por favor. ¿No podía Reggie entender esto? ¿No podía concederle unos minutos a solas, para que se recompusiera y volviera a parecer hombre, y no solo un crío disgustado?

Ya casi había empezado a pensar que el otro joven se aburriría de estar allí en silencio, siendo ignorado, y que se iría, cuando Reggie volvió a hablar, y su voz sonó muy queda y suave a su espalda.

—Danny, ¿no quieres hablarme?

Dan negó con la cabeza. Reggie insistió:

—Por favor, quiero entenderte...

Su voz sonó suplicante ahora. Dan volvió a negar.

—Has peleado mucho para poder ir a recoger una estúpida bandeja... —continuó Reggie.

—Ya me ves —contestó Dan, con voz densa—. Yo soy el estúpido.

—No digas eso, cariño...

—Quería protegerte, ¿no lo entiendes? ¡Quería ayudarte!

—Lo sé. Y por eso no estoy enfadado.

—Sí lo estás.

—No, mi vida. Si lo crees por el arranque de antes, te pido perdón. Estaba confuso y... Triste. Te has ido. Has estado a punto de regalarme un momento perfecto, y en el último segundo, me lo has arrebatado. ¿Por qué, Danny?

—No sé de qué me hablas.

—Sí lo sabes. ¿Por qué fue? ¿Por orgullo?

—No tengo de eso.

—¿Miedo entonces? ¿Te dio miedo de William?

—No. Me sentí ridículo. ¿Qué pintaba yo allí? Estando tú y estando Paul, ya no hacía falta nadie más...

—Eso no es verdad.

—Ya, quieres consolarme. ¿Qué otra cosa vas a decir?

Reggie no contestó en seguida. Dan le sintió moverse, y una de sus blancas manos apareció en su campo de visión. Se apoyó sobre la encimera, a su izquierda, y no hizo nada más. Reggie no le tocó.

—¿Por qué no me miras, cariño? —murmuró.

Su preciosa voz hizo que a Dan le bailaran mariposas en el estómago. Y aquel tono tan suave y dulce, casi como un ruego, se le fue directo al corazón. Tuvo deseos de abrazarle...

Pero aún estaba demasiado disgustado, y la vergüenza seguía pesando como una losa sobre sus hombros. No se movió. Se quedó como estaba, de cara a la pared, con el rostro entre las manos abiertas.

—¿Es porque te sientes avergonzado? —insistió Reggie—. ¿O es porque de pronto me he vuelto feísimo?

A Dan se le escapó una risita involuntaria, que se convirtió en un pequeño sollozo al final. Cerró los ojos.

—Lo primero —murmuró, muy bajito.

—Lo primero... —repitió Reggie—. ¿Y por qué?

—¿Tengo que decirlo? —contestó Dan, con un bufido—. ¿No es obvio que he quedado como un cobarde?

—Para mí no, cariño.

—Para mí sí. Discutir contigo para luego echar a correr a buscarte a la primera de cambio...

—Yo creo que hiciste lo correcto. De hecho, no sé si yo habría actuado así de bien.

—Oh, no te burles de mí, por favor.

—Eh, no me estoy burlando. Es de verdad, ya deberías conocerme.

Los brazos de Reggie rodearon su cuerpo, despacio y con cuidado, cubriendo sus propios brazos. No le apretó, no hizo nada más. Dan tampoco se movió.

—Tengo obsesión con el control —murmuró Reggie en su nuca—. Si hubiera estado en tu lugar, no se me habría pasado ni por la imaginación cederle el control a otro. Habría continuado adelante, a pesar de sentirme sobrepasado.

Dan volvió a abrir los ojos, sorprendido. La voz de Reggie había sonado ahora en tono íntimo y confidencial. Y lo que había dicho del control era tan propio de él...

«Incluso en el sexo se mantiene en control», recordó. «Quizás esto es lo que hace de él una maldita bomba...».

—¿Por eso no querías dejarme ir? —preguntó, en el mismo tono—. ¿Temías que te arrebatara el control?

—No exactamente —contestó Reggie. Se movió para abrazarle mejor y le hizo un mimito en la mejilla desde atrás—. Pero sí me sentí asustado y perdido cuando te marchaste con Paul.

Dan levantó la cabeza. Colocó una de sus manos sobre la de Reggie y la apretó con ternura.

—No va a volver a ocurrir, Reggie. Ya he aprendido. Tú eres el jefe, y yo...

—Danny, espera —interrumpió Reggie—. Déjame decirte algo. Tal vez cambies de opinión acerca de esto.

Dan volvió un poco la cara hacia él con curiosidad.

—¿Por qué?

—Bueno, creo que los dos nos hemos equivocado a la hora de manejar todo este asunto. Deberíamos haberlo hablado antes, con calma y en privado.

—¿Por qué dices que los dos nos hemos equivocado?

—Porque...

Reggie suspiró. Le abrazó con cuidado, apoyando su barbilla en su hombro. Apretó su cabeza contra la suya, y muy bajito, confesó:

—Lo que dijiste antes me llegó al alma.

—¿El qué exactamente? Porque he dicho un montón de cosas...

—Cuando dijiste que ahora eres mi pareja, y que necesitas actuar en consecuencia.

—¿Ah?

—¿Lo eres de verdad, Danny?

La voz de Reggie tembló un poquito. Dan apoyó su cabeza en la suya, agarrando sus brazos delante de su pecho con ambas manos.

—Me gustaría serlo, Reggie... Si tú quieres, claro.

—Desde luego que quiero. Me siento tan feliz y tan afortunado, solo con pensar que me llames así... Tu pareja...

Reggie se sacudió por un escalofrío. Se había arremangado las mangas de la camiseta, y Dan pudo ver que se le ponía la piel de gallina en los brazos. Se sonrió un poquito con ternura, y murmuró:

—Entonces me parece que lo somos, ¿no crees?

Reggie le besó la mejilla, ronroneando:

—Gracias por hacerme el hombre más feliz del mundo.

La sonrisa de Dan se hizo más amplia.

—Pero... ¿Qué tiene que ver esto con el asunto de William? —preguntó.

—Oh, tiene todo que ver.

—¿Por qué?

—Como también dijiste antes, las cosas han cambiado. Ahora ya no somos dos tipos, uno y uno, haciéndoles frente a las cosas. Ahora somos un «nosotros».

Reggie se interrumpió. Murmuró un «¡qué bien suena eso, Dios!», como hablando para sí, y Dan soltó una risita.

—Sigo sin entenderlo, Reggie —contestó.

—¿Lo ves? Es que me distraes continuamente. No puedo darte la charla así —rezongó Reggie—. ¿Puedo ver esa preciosa carita que tienes, por favor?

Dan se volvió, aún sonriente, para mirarle por encima de su hombro. Reggie se apartó un poco para sostenerle la mirada. Alargó una mano y enjugó una lágrima de uno de sus párpados con el pulgar, murmurando:

—Así está mejor.

—¿Puedes darme la charla ahora? —bromeó Dan.

—Aún no. ¿A ver...? —Reggie le tomó por los hombros con las dos manos y le hizo girar con suavidad, hasta que estuvieron frente a frente. Volvió a abrazarle después, ronroneando—: Así sí. —Suspiró—. Esto es el cielo...

Dan le abrazó también a su vez, cerrando los ojos, con una sonrisa.

«Bendito seas, Reggie», pensó. «Has hecho que la vergüenza desaparezca como por encanto. Te quiero tanto...».

Se cobijó contra su cuerpo agradecidamente, apoyando la nariz en su hombro. Reggie apretó su cabeza contra sí con una mano, acariciándole el pelo con cuidado. Levantó la cabeza y murmuró, en tono de conversación:

—¿Sabes? Me di cuenta cuando viniste a buscarme, precisamente.

—¿Cuenta de qué? —preguntó Dan, con la voz amortiguada por la camiseta de su compañero.

—De que somos un «nosotros». Pude sentirlo, mientras íbamos a reunirnos con Paul. Fue algo muy sutil, desde luego, pero... ¿Tú no lo notaste?

Dan se apartó para mirarle, curioso.

—No.

—Oh, pues yo sí. Y fue algo...

Reggie le sonrió, mordiéndose el labio inferior. Sus ojos azules se clavaron en los suyos, con una mezcla de ternura y admiración. Dan no fue capaz de apartar la vista. Nadie le había mirado así antes, solo Reggie, y sentía que jamás podría saciarse de esto.

—¿Qué sentiste? —preguntó, fascinado.

—Por primera vez en mi vida, no estuve solo, Danny. Oh, no me refiero a estar rodeado de gente o a estar solo. Ya sabes que uno puede estar en medio de una multitud, y sentirse solo y desarraigado...

—M-m.

—Pero esto es algo distinto. Es más profundo. Sentí que soy parte de un «nosotros», de algo más grande que yo que flota aquí, en medio de los dos.

Hizo gestos con una mano alrededor de sus dos cabezas, moviendo los dedos en el aire. Dan volvió a sonreír.

—Y ese algo era más fuerte y poderoso que tú y yo por separado, Danny —continuó Reggie, entusiasmado. Sus ojos brillaban, y parecía estar viendo ante sí lo más hermoso de la creación—. Ese algo me hizo sentir que podría mover montañas. Contigo... Por ti... Haría cualquier cosa.

Dan soltó una risita.

—Si no fuera por la cara que tienes en este momento, diría que te lo estás inventado todo —dijo.

—¡No! —exclamó Reggie, haciendo un gesto ultrajado. Pero su voz continuó siendo suave e ilusionada cuando añadió—: Te prometo que es de verdad. De hecho, todavía puedo sentirlo...

—M-m.

—Danny, los dos nos hemos equivocado a la hora de manejar esto, porque no nos hemos dado cuenta antes.

—¿De qué?

—De esto. De que somos un «nosotros».

Dan asintió, respondiendo:

—Y precisamente por eso necesito protegerte, y ayudarte.

—¿No lo entiendes? ¿No has estado escuchándome? Ahora ya no somos solo Danny y Reggie. ¡Ahora somos pareja! ¡Vamos los dos a una! Hacemos las mismas cosas que antes... ¡Pero juntos! Nos ayudamos y nos protegemos el uno al otro. Nos cuidamos... El uno al otro. ¿Me comprendes ahora?

Dan parpadeó, perplejo.

—No estoy seguro de entenderte del todo —murmuró.

Reggie sacudió la cabeza, con una risita.

—Eso es porque todavía no has podido sentir la magia de la que te hablo. La próxima vez que haya que hacer una «misión peligrosa»... —Hizo una mueca bromista, trazando en el aire el signo de las comillas con dos dedos—. Ven conmigo, y la sentirás.

Dan se puso serio.

—No, Reggie. He aprendido la lección. No volveré a formar un número como este de hoy. No voy a cuestionar más tu autoridad. No voy a...

Reggie le miró muy serio a los ojos a su vez.

—Danny, no me prives del honor de compartir algo como esto contigo. Sin ti soy el jefe, y esta aventura pesa demasiado. Contigo soy Reggie, y puedo mover montañas. Sin ti, cuidar de William es una obligación. Contigo es...

—¿Un honor? —preguntó Dan, confuso.

Reggie asintió, rotundo.

—Y un placer —añadió.

Dan le miró por unos instantes, pensativo. Lo que fuera que había sentido Reggie debía haber sido importante de veras para él. Aunque estaba serio, sus ojos continuaban muy brillantes por la emoción. En verdad, todo él parecía radiante.

«Siempre ha estado solo y sintiéndose diferente», se dijo Dan. «Será por eso».

—Me equivoqué al manejar esto, Danny —añadió Reggie—. Cuando te ofreciste para ir a recoger la bandeja, debí haberme ofrecido yo, para que fuéramos juntos.

—Pero, ¿cómo te protegería yo, si te llevo conmigo al peligro?

—¿Cómo? ¿Y tienes que preguntarlo? —Reggie le besó los labios, una caricia dulce y fugaz—. Me proteges estando allí, viendo lo que yo no veo, corriéndome si me equivoco sin darme cuenta, anticipándote si William me hace un extraño...

Reggie sacudió la cabeza.

—La respuesta no está en sacrificarnos ninguno de los dos, cariño —continuó—. La respuesta está en compartir la carga. Si tú te quedas atrás con Little B, te quedas sufriendo, porque ahora soy tu pareja, y te importo.

—Sí, Reggie. Me importas muchísimo.

—Y si soy yo el que se queda atrás, lo paso igual de mal. He podido comprobarlo hoy, créeme.

Reggie hizo un gesto con la mano, como para indicar que no quería más de eso. Dan abrió grandes ojos. De repente, la luz se hizo en su mente.

—¡Juntos! —exclamó, maravillado—. ¡Ahora lo entiendo! Me estás diciendo que no tendremos que separarnos más. No tendré que verte ir solo con Paul a ocuparte de William...

Reggie asintió, sonriente.

—¡Sí! ¡Eso es lo que estoy diciendo! ¿A que es genial?

—Reggie, por Dios bendito, eres un ángel —contestó Dan.

Volvió a abrazar a su compañero, emocionado. ¡Reggie estaba dispuesto a compartir con él sus cargas! Aunque Dan no pudiera hablar con Troy, por el miedo a ser reconocido, estaría a su lado. Aunque Reggie continuara ocupándose de William —sería inútil intentar cambiar eso, con lo bien que les iba así. William parecía respetar a David, y ese respeto era una de las pocas armas que tenían para contenerlo—, Dan estaría con él. Ya no tendría que angustiarse, ni que sentirse impotente ni inútil. Ahora ya no eran el jefe y el novio cobarde que se quedaba atrás, sino pareja. Y hacían frente a las cosas los dos juntos.

Esta manera de concebir una pareja era totalmente nueva para Dan. Aunque había tenido novio antes, nunca se había sentido parte de un «nosotros». Y Reggie decía que a él le pasaba lo mismo.

«Tal vez por eso nos hemos equivocado los dos y hemos creado este malentendido absurdo», se dijo. «Esto es algo nuevo y mejor. Algo grande. Estoy deseando sentir eso que dice Reggie. Él parece cambiado. Tiene que haber sido algo maravilloso...».

Sintió que Reggie le estrechaba con ternura y que le murmuraba al oído:

—A partir de ahora, los dos estaremos a salvo, cariño... Más que nunca antes.

—Te quiero tanto, Reggie...

—Y yo a ti, Danny. —Reggie le abrazó un poco más, y muy bajito, añadió—: Eres lo más maravilloso que me ha pasado en la vida. Pensé que jamás viviría algo como esto, y has aparecido tú... Me siento tan afortunado...

Dan le acarició el pelo y el cuello con las dos manos, enternecido. Se apartó para mirarle.

—Yo también, Reggie.

Los ojos azules de Reggie eran casi tímidos ahora, y sus mejillas se habían teñido de rosa. Dan las acarició con cuidado y repitió:

—Yo también...

Ya no pudo seguir hablando. Reggie cerró los ojos, buscó su boca con la suya... Y Dan se sumergió de lleno en la caricia, rodeando su cuello con los brazos.

«No me equivoqué al apostar por ti, Reggie», pensó. «Eres la persona perfecta para mí. Eres totalmente perfecto...».

Capítulo 8

Seth acababa de colgar con Max, y estaba suspirando de alivio, cuando el teléfono volvió a sonar. Le hizo sobresaltarse, porque no lo esperaba en absoluto, y se quedó mirándolo con grandes ojos. Se llevó una mano en el pecho, en un intento por controlar los latidos desbocados de su corazón, que de repente parecía haberse alojado en su garganta. Por su parte, el teléfono no pareció muy dispuesto a iluminarle; se limitó a continuar sonando como si tal cosa.

Receloso, Seth descolgó y se lo llevó al oído.

—¿Sí?

—Seth, soy Ray —contestó una voz seria y decidida al otro lado—. Buenos días.

Seth se desinfló de alivio.

—Ah, buenos días, Ray.

—Quería preguntar por William. ¿Tenéis novedades?

Seth no sabría muy bien qué responder a esto. Con todo lo que había pasado en las últimas horas, decir que no sería mentir... Pero decir que sí sería ponerse en un compromiso, de modo que optó por una respuesta más neutra.

—Poca cosa, Ray. La policía está investigando, y tienen pistas sueltas, pero nada concluyente.

—¿Y el secuestrador no ha vuelto a llamar?

Seth hizo una mueca, sintiendo hormiguitas de nervios en el estómago. Le habían nombrado tantas veces al secuestrador en estos últimos minutos, que él también empezaba a temer que pudiera llamar de un momento a otro, aunque solo fuera por la cantidad de veces que le habían llamado con la mente, figuradamente hablando...

«Y al final, me va a pillar aquí solo, ya verás», pensó.

—Aún no, Ray —se limitó a responder.

El road mánager resopló y dijo:

—No sabéis nada de William, entonces...

—No.

—¿Y cómo lo lleváis? Mal, me imagino.

—Ah... Como podemos, Ray, esa es la verdad.

—¿Y qué hacemos con el concierto? La batería y los amplificadores ya están en el estadio. Yo salgo ahora para allá para supervisar los montajes.

—Matt no estará en el equipo de sonido, ¿verdad? —preguntó Seth.

—Tiene que estar —contestó Ray—. Sigue siendo uno de los técnicos de los Red Devils.

Seth chasqueó la lengua.

—Si nos hace otra jugarreta como la de la sala Gold, a Troy le dará algo, ¿tú lo sabes? Recuerda lo mal que lo pasamos todos...

—Esta vez todo es diferente —dijo Ray—. Matt pidió perdón. Le conozco, y sé que estaba arrepentido de veras. Además, no es ni mucho menos el único técnico de sonido que tenemos para este concierto. Entre técnicos y ayudantes, llevo un equipo de quince tíos, y eso es solo con el sonido...

—¿Quince? —repitió Seth, anonadado.

—Sí. Hay otros veinte de iluminación. Y luego están los especialistas en pirotecnia y efectos especiales...

—¡Madre mía!

—Y los Red Devils llevan cámaras de televisión, seguridad, maquilladores...

—Ma... ¿Maquilladores? —balbuceó Seth.

Le pareció sentir que Ray sonreía al otro lado de la línea.

—Son los Red Devils, Seth —le dijo—. Y este es su concierto anual. ¿Te haces una idea de lo que estamos hablando? Son gigantes, chico. Aquí todo se hace a lo grande. Cuando estéis sobre el escenario, ya lo veréis.

«¡Por mi alma!», pensó Seth. «Entonces me temo que a Troy le dará algo de verdad. Le agobian las cosas a lo grande; a él le gusta más tocar en salas pequeñas, como en familia... Con lo perfeccionista que es, y que llevamos días sin ensayar nada... Incluso imaginando que todo saliera bien, que William regrese hoy y que Matt no haga ninguna trastada... Después de los dos días de nervios que lleva, un concierto como este va a ser demasiado para Troy. Se nos va a romper, ya lo verás. Y la semana que viene salimos de gira...».

—Por cierto —continuó Ray—. Sabéis que las pruebas de sonido y los últimos ensayos son esta tarde, ¿verdad?

Seth se mordió los labios. Él sí lo sabía, porque había tenido que anotarlo en la agenda del grupo, hacía días. Pero con todo esto que había pasado, incluso él lo había olvidado a ratos... No estaba muy seguro de que sus compañeros recordaran eso. No obstante, contestó:

—Sí, desde luego. Lo tenemos presente.

—Los Red Devils suelen estar aquí sobre las cinco —explicó Ray—. Algunos, como Keith o Reggie, se llevan toda la tarde probando cosas y ensayando in situ. Jordan vendrá más tarde, ya cerca de las ocho. —Titubeó antes de preguntar—: ¿Tú crees que vosotros podréis venir?

«Troy querrá ir», pensó Seth. «Se toma muy en serio su trabajo, y no quiere defraudar a sus fans. Pero sin William...».

—No lo sé, Ray —contestó, con toda sinceridad—. Podría surgirnos un imprevisto, o quizás tengamos que ir a la comisaría para algo a esa hora... No lo sé.

—Entiendo.

—¿Por qué no nos llamas más tarde? Tal vez podamos darte novedades.

—De acuerdo. Así lo haré. Gracias, Seth. Y mucho ánimo con todo, chicos.

—Gracias a ti, Ray. Adiós.

Seth colgó, agradeciendo que el otro hombre no le hubiera pedido que le pasara con Troy...

Y hablando de Troy. Quizás sería buena idea no decirle nada de Matt, ni de que estaría montando los equipos, ni tampoco de toda esa gente que había nombrado Ray...

«Podría revolverle los hígados», se dijo. «Y sería añadirle un motivo más de estrés y de preocupación. El pobre ya tiene bastante...».

¡Demonios! Si era él, a quien le daba un poco igual dónde tocaran, y tenía su pellizquito de nervios solo por haber oído a Ray... ¿Qué iba a ser de Troy?

«Te protegeré de esa angustia, dragón», pensó Seth. «Además, ni siquiera sabemos si podremos ir o no. ¿Para qué vas a sufrir por esto también?».

Y con un suspiro, y una última mirada al teléfono, para comprobar que seguía en silencio, el bajista regresó a la cocina...

—¿Ves algo que te llame la atención, jefe? —preguntó Austin.

Estaba sentado en el asiento de atrás del coche de Frank, y miraba a través de la ventanilla, mientras las calles del Bronx desfilaban ante sus ojos.

Los edificios antiguos de ladrillo visto se intercalaban con descampados llenos de escombros. De vez en cuando, dejaban atrás, en la acera, alguna montaña de bolsas de basura y

muebles viejos. En otras ocasiones, aparecía de improviso un coche abierto y calcinado, aparcado en mitad de una hilera, junto con otros en apariencia intactos...

—Aparte de lo que todos vemos, no —contestó Troy—. No veo nada que me recuerde a Jordan o al secuestro.

—Yo tampoco —convino Frank.

A la luz de la mañana, se podían ver más cosas que anoche se les pasaron por alto, debido a la hora tan intempestiva a la que pasaron por aquí, y a la escasa iluminación del lugar. Por ejemplo, en muchos edificios había manchas negras en las fachadas, con frecuencia alrededor de las ventanas y hacia arriba. Parecían manchas de humo o de hollín, como si en el interior de esas viviendas se hubiera desatado algún incendio...

Muchas de aquellas ventanas no tenían cristales. Austin se preguntó si quizás estallaron por el calor, y si los dueños de las viviendas no tendrían dinero para reponerlos...

Otra cosa inusual llamó la atención del joven batería. Estaban pasando por delante de un edificio de tres plantas que estaba en medio de dos descampados. Una de sus fachadas estaba cubierta en su totalidad por un artístico mural, hecho de grafitis. No era ni mucho menos el primero que veía en el rato que llevaban aquí. Se preguntó quién habría podido hacer una cosa así, y qué medio habría utilizado para hacerlo...

Troy miró a Frank y le dijo:

—Vayamos a casa de Ralph, a ver si puede decirnos algo más. ¿Te parece?

El guardaespaldas asintió.

—Dime por dónde es —se limitó a responder.

Austin vio un grupo de jóvenes delante de un portal, reunidos en torno a una gran radio. Unos estaban sentados en los escalones, mientras dos de ellos hacían extraños pasos de baile... Preocupado, volvió la vista hacia Troy.

«Llevamos un largo rato dando paseos por estas calles, avanzando despacio para no perdernos nada, pero no hemos conseguido dar con ninguna pista», se dijo. «Empiezo a pensar que Seth tenía razón anoche, cuando dijo que Ralph había mentado».

Eso no quería decir que Ralph lo hubiera hecho a sabiendas, desde luego. A lo mejor se confundió y le pareció ver a Jordan, pero no era él en realidad. Con la mala iluminación que había en aquel barrio por la noche, no se le podía culpar por ello...

Austin estiró la cabeza a un lado para poder ver la cara de Troy. No le sorprendió encontrarlo serio y sereno, mirando a todas partes con los ojos muy vivos y alertas.

«Troy no duda», observó. «Troy tiene fe, no se da por vencido. A pesar de que aquí no hay indicios de nada, él sigue adelante. ¿Cómo lo hará para mantener la fe? ¿De dónde sacará esa

fuerza?».

Austin no tenía idea. Pero no podía dejar de admirar la entereza y la decisión que estaba demostrando su amigo ante algo que, a sus ojos, no era más que un fracaso.

El batería volvió de nuevo la cabeza hacia la ventanilla, y miró sin ver los coches, edificios y solares que pasaban al otro lado.

Había una cosa que sí tenía muy clara. No iba a ser él quien dijera que venir aquí hoy por segunda vez había sido un fracaso o tiempo perdido. Necesitaban tener a Troy fuerte y animoso. Si el dragón se tambaleaba, ¿qué iba a ser de Seth y de él mismo? ¿Quién hablaría con el secuestrador? ¿Y qué sería de William?

En realidad, en aquel momento, solo le preocupaba una cosa, y era que el propio Troy cayera en la cuenta por sí mismo de que esto era inútil y de que aquí no iban a encontrar nada. Entonces sí que se vendría abajo de verdad. Con la policía en un punto muerto, sospechando de las personas equivocadas, este mazazo, darse cuenta de que era inútil buscar en el Bronx, hundiría a Troy. ¿Y qué harían Seth y él, si eso ocurría?

Little B estiró el cuello para echar una ojeada a la puerta cerrada de la cocina por detrás del cuerpo de Paul, que estaba sentado a su lado, ante la mesa. Abrió oído con curiosidad, pero no consiguió escuchar nada al otro lado. Hizo una pequeña mueca de contrariedad...

Dan y Reggie llevaban ya mucho rato encerrados en la cocina. A Paul y a él casi les había dado tiempo de terminar una partida a las cartas. Se turnaban para ir cogiendo de la baraja. Pero esta disminuía en altura sin cesar, y aún no tenían noticias de sus dos amigos...

«¿Qué puede ocurrirles?», se preguntó. «¿Presagia esta tardanza algo bueno, o algo malo? ¿Se están comiendo a besos, o a mordiscos? ¿Debería ir a ayudar a Nobody?».

Little B no quería ponerse en contra de Reggie, por supuesto, pero si este estaba siendo irracional, como hizo antes, y estaba haciendo sufrir a Nobody... Bueno, Little B sabía muy bien de qué lado de la balanza estaban su lealtad y su corazón. Dan Nobody era su hermano, y pelearía por él con quien hiciera falta. Sí, también con Reggie.

«Espero que no haya que llegar a eso», pensó, con un pequeño suspiro, abatido. «Le estoy cogiendo cariño. Y como jefe es insuperable...».

Se encontraba en este punto de sus pensamientos, cuando de improviso, la puerta de la cocina se abrió al fin. Little B levantó la cabeza de un brinco, tenso y alerta. Lo primero que vio fue a Reggie abriendo la puerta, con la cara vuelta hacia atrás, igual que cuando la cerró. Pero su voz sonaba mucho más distendida, casi divertida, y en esta ocasión, estaba preguntando:

—¿Cómo se te ocurrió eso de Jonathan?

—Bueno, David me dio la inspiración —contestó la voz suave de Dan.

Reggie se echó a reír, relajado y desenfadado, y Little B sintió como si le hubieran quitado un peso enorme de las espaldas.

Sus dos compañeros salieron juntos al salón. Reggie venía riendo y sacudiendo la cabeza, y Dan mirándole, con amor en los ojos y una sonrisita tierna en los labios. Venían cogidos de la mano.

«Esto significa que han hecho las paces, ¿verdad?», se preguntó Little B.

Paul también se volvió para mirar a sus amigos. Quizás había estado pensando algo parecido, porque preguntó:

—¿Qué tal, chicos? ¿Lo habéis arreglado?

—¿A ti qué te parece? —bromeó Reggie, haciéndole una mueca, con una radiante sonrisa.

Dan entrelazó sus dedos con los suyos y apretó su mano, y Reggie se volvió de nuevo hacia él. Le miró con una cara que parecía estar a punto de derretirse de ternura.

—Otra vez os veo distintos —intervino Little B, con un mohín—. ¿De verdad está todo bien?

Alargó una mano para tomar una carta de la baraja, ya que era su turno de hacerlo, pero no apartó la vista de la cara de Nobody. Este le sonrió agradablemente y contestó, tranquilizador:

—Sí. Todo bien, Little B.

—Es imposible estar disgustado con este hombre durante mucho tiempo, Little B —añadió Reggie—. Ya deberías saberlo.

Dejó escapar otra risita, y acarició la mano de Dan, antes de dejarla ir para sentarse en su lugar habitual, en el sofá. Dan se sentó a su lado, mientras Little B hacía una mueca.

—Pues no, no lo sé, jefe —contestó—. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué? —preguntó Reggie, divertido.

—Porque nunca me he disgustado con él.

—¿Cómo que no? —exclamó Reggie—. Pero si ayer...

—¡Oh, no era de verdad, hombre! —interrumpió Little B, haciendo un gesto con la mano para quitarle importancia.

Dan le dirigió otra de sus preciosas sonrisas, mirándole con complicidad ahora, y Little B también sonrió. El alivio se extendió por todo su corazón como un bálsamo.

«Este es el verdadero Nobody, el que yo conozco», se dijo. «Qué alegría ver que está bien... ¡Y que no tengo que morderle en la cabeza a Reggie para defenderle!».

Tomó aire por la nariz y bajó de nuevo la vista al pequeño abanico de cartas que sostenía en una mano, dándose un aire muy afectado, para volver a centrarse en la partida... Y de pronto, abrió grandes ojos de sorpresa. La carta que acababa de coger era...

—¡Paul, no te lo vas a creer! —exclamó, sacudiendo el brazo del cantante. Cogió las tres cartas que le quedaban con la mano derecha, y las arrojó sobre la mesa, triunfante, añadiendo—: ¡Tres ases! ¡Gano yo!

Capítulo 9

Mientras Paul soltaba una carcajada, y Dan preguntaba si podían echar una partida los cuatro, en otro lugar de la ciudad, Keith se encontraba por fin en la casa de Liam.

Habían llegado hacía unos minutos. Gracias a la conversación que tuvo con su compañero en el coche, de camino hacia aquí, Keith se sintió bastante menos inseguro cuando entraron, de lo que había anticipado en un principio. Aún así, un trocito pequeño de su corazón venía ansioso. Y él suponía que no se le podía culpar por ello. Nunca había visto la casa de Liam sin su novio por allí pululando y sus cosas por medio. Habían sido siete años de dolor, en los que había llegado al extremo de huirle a esto de visitar a Liam, porque algunas veces era verdad aquello de «ojos que no ven, corazón que no siente»...

Ahora en cambio necesitaba lo contrario. Necesitaba ver la ausencia del ex de Liam con sus propios ojos. Era lo único que podía conseguir que su corazón cerrase definitivamente la puerta a esa etapa de la vida de su compañero.

Para su gran alivio, ni Liam ni la casa le decepcionaron. Allí no había cosas de nadie más que no fuera el bajista. Todo estaba tan recogido y ordenado, que casi parecía una casa de esas de anuncio. Ya no había ropa dejada de cualquier manera en los sillones, ni envoltorios vacíos por el suelo, ni latas o tazas con líquido a medio consumir repartidas por todas las superficies...

«Ese tipo ha obligado a Liam a vivir en una pocilga durante años», se dijo Keith. «Tanto, que los amigos habíamos llegado a pensar que Liam también era así, y que le gustaba eso... Ahora que el otro no está... Ahora sí que reconozco a Liam en su casa. Al verdadero Liam».

En efecto, lo único que había por medio era un montoncito de partituras y una caja de cuerdas para el bajo. Estaban sobre la mesita del salón. Keith se sonrió para sí al verlas.

«Hemos ensayado muchísimo estos días atrás», recordó. «Ha sido bonito poder hacerlo con él, aunque ninguno de los dos supiéramos todavía lo que sentimos el uno por el otro. Siempre he ensayado, o bien solo, o con el grupo al completo, y esto ha sido... Muy especial».

Más especial aún si uno recordaba que Liam en estos días ya no había estado con su ex, y que ya sabía que estaba enamorado de él, aunque Keith aún no hubiera estado enterado de ninguna de las dos cosas... Su sonrisa se hizo más amplia.

—¡Ponte cómodo, Keith! —dijo Liam por décima vez, dando paseos arriba y abajo. Keith supuso que debía estar recogiendo cosas—. ¡No tardo nada! ¿Vale?

—Tranquilo, no hay prisa —contestó Keith.

La casa estaba oscura y fría. Habían dejado todas las cortinas echadas, salvo una, que Liam abrió nada más entrar, para poder ver algo. Keith dejó a su compañero ocuparse de sus cosas, y se acercó a la mesita del salón con la intención de curiosear las partituras. Se sentía intrigado.

¿Qué cosas habría estado repasando Liam después de los ensayos?

—¡Si ves algo de mi ex por ahí, avísame, para que pueda devolvérselo! —exclamó el bajista desde una de las habitaciones, riendo.

Keith levantó la cabeza. Pero antes de que pudiera contestar, Liam se asomó por el umbral de la puerta que tenía ante sí, al otro extremo del salón, y añadió, alzando un índice a modo de advertencia, con una sonrisa:

—Por correo, por supuesto. No hace falta que vaya a verle para eso. Si se lo ha olvidado aquí, tampoco será algo demasiado importante para él, ¿no crees?

Keith volvió a sonreír.

—¡Verdad! —contestó—. No se me había ocurrido verlo así.

La sonrisa desapareció de pronto de los labios de Liam. Se le quedó mirando con grandes ojos y la boquita entreabierta. Su expresión parecía tan sobrecogida y admirada, que Keith estuvo a punto de darse la vuelta para comprobar si había aparecido por casualidad a su espalda la Virgen María...

Confuso, preguntó:

—Ah... ¿Qué pasa?

Liam estaba maravillado. ¡Keith estaba aquí! ¡En el salón de su casa! Llevaba por lo menos dos años sin querer venir, tal vez más. No había aparecido para nada, ni siquiera para recoger un disco que le prestó una vez; tuvo que ir Liam a su apartamento a llevárselo. Y los ensayos de estos últimos días habían sido todos en su casa...

«Ahora sé por qué, o me parece intuirlo», pensó Liam. «Y le comprendo. Yo tampoco habría sido capaz de pisar su casa, si él hubiera estado viviendo con otro... Y además, sin vistas de querer dejarlo...».

De nuevo, se sentía impresionado y sobrecogido por todo lo que había sufrido su compañero en estos años.

«Pero a partir de ahora, todo va a ser diferente», se prometió con decisión. «De hecho, ya es diferente. ¡Keith está aquí! ¡Ha venido a mi casa! ¡Con un par!».

Ahora también entendía Liam por qué su compañero había insistido tanto para poder acompañarle. Seguramente necesitaba cerrar esa herida. Y él se sentía tan agradecido de que lo hubiera hecho...

«Yo también tenía una herida por cerrar, aunque no lo sabía», se dijo. «Mi casa y mi corazón se habían quedado vacíos y fríos, y no sabía por qué. Ahora sí lo sé. Nos faltaba Keith. Me faltaba este precioso sol que tengo en mitad del salón».

Pero el sol en cuestión se había quedado mirándole con aire confuso. La sonrisa había desaparecido de su rostro. Una arruguita de extrañeza le fruncía el ceño, y sus ojos azules volvían a ser serios y reservados... Como lo estuvieron en el momento en que Liam metió la llave en la cerradura de su casa.

—Ah... ¿Qué pasa? —preguntó Keith.

Liam se le acercó, caminando despacio, sin dejar de mirarle a los ojos.

—Nada —contestó suavemente—. Te estaba mirando, aquí de pie, tan guapo...

Ahora Keith pareció incómodo. Sonrió y volvió la vista, haciendo una mueca bromista, como si pensara: «¡Oh, no soy guapo! ¡Venga ya!». Liam no se dejó amilanar por eso, al contrario, le pareció adorable. Se acercó más y murmuró:

—¿Cuánto hace que no vienes a mi casa, Keith?

El guitarrista bajó la vista a la mesita, haciendo un pequeño encogimiento de hombros.

—No me acuerdo —respondió.

—Debe hacer mucho, ¿no? ¿Años, tal vez?

Keith asintió varias veces, sin mirarle. Liam se movió poco a poco para rodear sus hombros con los brazos.

—Me alegro de que hayas insistido para venir hoy —le dijo, en voz baja—. Estoy feliz de que estés aquí, Keith.

Keith se puso tenso de modo involuntario al sentir el abrazo de Liam. Su corazón pensó, por acto reflejo: «¿Qué está haciendo? ¡El otro puede llegar en cualquier momento y pillarnos!».

«Pero, ¿qué te he dicho?», le contestó Keith. «¡No está ya! ¿No lo ves? ¿Qué más necesitas para creerlo? ¡No soy un maldito amante de Liam! ¡Ahora yo soy su novio!».

—Has faltado mucho en esta casa —continuó diciendo Liam, muy bajito, cerca de su oído—. Y también en mi corazón. Gracias por venir a llenarla de luz. Ahora me es más fácil creer que lo de anoche no fue un sueño.

Soltó una risita, nerviosa y temblorosa. Keith sintió que se derretía. La tensión se fundió de

su cuerpo como la nieve en primavera. Desapareció, y por fin pudo moverse. Rodeó con los brazos el cuerpo de Liam, y metió la cara en su hombro, apretando los párpados con fuerza.

—Soy tu novio, Liam —murmuró, muy bajito a su vez, y casi más para sí mismo que para el otro chico—. Tu novio...

Liam apretó sus hombros contra sí con las dos manos abiertas.

—Sí, mi sol —repuso—. Y yo soy el tuyo.

—Soy tan feliz...

Keith sintió que Liam sonreía. Se apartó para mirarle, y Keith hizo lo propio, a pesar de que se sentía emocionado y hecho un flan. Pero se alegró de haberlo hecho. Los ojos castaños de Liam brillaban. Otra vez parecía resplandecer, todo él. Le miró por un instante, como arrobado, y contestó:

—Sé lo que se siente, créeme. Yo también lo soy.

Keith sonrió, y volvió a estrechar a Liam en un fuerte abrazo, moviéndose para besarle la mejilla. Pero Liam fue más rápido...

En el momento en que Keith volvía la cara para buscar la suya con los labios, Liam volvió la suya. Sus labios tropezaron con los suyos casi por accidente... Keith se sobresaltó, con una risita. Titubeó un momento, mirando al rostro de Liam. Estaba tan cerca del suyo, que podía sentir la caricia de su respiración en la nariz. Liam había cerrado los ojos, y su boquita, tan fina y sonrosada, estaba suave y húmeda. Keith sintió el repentino deseo de morderla...

Volvió a buscarla con la suya, pero despacio y con cuidado. Quería sentir su tacto en sus labios, antes de morderla suavemente. Y lo intentó, pero de nuevo, Liam mostró más decisión.

En cuanto sus labios se encontraron de nuevo, atrapó su boca en la suya, y la mordió y la besó con una pasión inusitada, haciendo pequeños ruiditos de placer. No contento con ello, además enterró los dedos de una mano en su pelo para apretar su cabeza contra sí, y con la otra le acarició la cara y el cuello. Pillado por sorpresa, Keith tardó un poquito en ser capaz de colaborar, pero a Liam no pareció importarle; tenía fuego y ansia para los dos.

Al fin, atrapó los labios de Keith entre los dientes con cuidado, y le dejó ir suavemente. Se apartó unos milímetros para cuchichear, con su boca a flor de piel de la suya:

—Qué afortunado soy por poder hacer esto...

Keith sonrió y contestó, con una risita:

—Yo también siento lo mismo.

Luego volvió a buscar la boca de Liam con la suya para besarle. Pero ahora de verdad...

Entretanto, de vuelta en el sur del Bronx, Sam acababa de terminar de limpiar su diminuto apartamento, y se disponía a sentarse para remendar alguna ropa, cuando llamaron al timbre de la puerta.

El sonido le hizo sobresaltar. A esta hora, el edificio estaba en silencio. Los niños ya se habían ido al colegio, los hombres a los trabajos, y las mujeres, o bien estaban de limpieza, como él, o haciendo la compra. Nadie estaba libre como para venir de visita...

Había que decir que, aunque Ralph y él vivían en un bloque de apartamentos, carecían de portero electrónico ni nada que se le pareciera, y también de ascensor. El edificio era antiguo, y no tenía la instalación para ninguna de las dos cosas. Por otra parte, los vecinos estaban ya habituados a las escaleras. Y en cuanto al portero, ¿para qué querían uno? Con dejar abierta la puerta de acceso al edificio de modo permanente, ya estaba todo resuelto. A la mayoría de ellos les interesaba de todas formas. Todas las viviendas estaban situadas en un cuadrado en torno a un patio central. Por las noches, la gente más joven se reunía en el patio, en lugar de hacerlo en la calle, y los padres y madres se sentían más tranquilos teniéndolos cerca...

En todo caso, quien fuera que estuviera al otro lado de la puerta, no había precisado anunciarse llamando a ningún portero antes. Normalmente, a Sam le parecía mejor así. Sin embargo, hoy notó un vago desasosiego en la boca del estómago. Tal vez fuera producto de la mala noche, y de lo poco que había dormido, pero llevaba toda la mañana sintiéndose tenso y preocupado. Y este timbrazo así, de improviso, le dio mala espina.

«¿Quién puede ser?», se preguntó. «No creo que sea nadie vendiendo algo puerta a puerta. Antes se atrevían a venir solo unos pocos valientes. Pero desde el invierno pasado, ya no ha vuelto a venir ninguno. Ralph dice que seguro que las bandas callejeras los han espantado...».

El timbre volvió a sonar, y Sam fue a abrir, frunciendo el ceño. Quien fuera no parecía dispuesto a aceptar un «no» por respuesta... Se tomó un instante en echar una ojeada atrás, a la ventana, para comprobar que seguía abierta, por si tenía que echar a correr hacia la escalera de incendios, y tiró de la puerta, no sin algo de aprensión.

La visión que se encontró al otro lado no le resultó del todo inesperada, pero desde luego, sí era para nada bienvenida.

Ante él estaba de nuevo Troy Anderson en persona, vestido con chaqueta de cuero, camiseta negra con un horrendo dibujo estampado en el pecho, y tejanos negros. La mirada de sus ojos grises era seria y decidida. Ya no llevaba el apósito sobre su mejilla, y a pesar de la leve barbita que lucía, se podían ver la herida y el hematoma en su pómulos con toda claridad. Tenía las manos metidas en los bolsillos de la cazadora, un gesto que a Sam le pareció amenazante en sí mismo. A saber si hoy no traía una pipa escondida en la ropa... En todo caso, parecía un macarra.

Pero además, no venía solo. Detrás de él había otros dos tipos, uno a cada lado. El de la

izquierda era Austin, el mismo que agarró anoche a Sam desde atrás y le dio un susto de muerte. Como para olvidarse de él...

El de la derecha le era desconocido, pero llevaba una ropa muy similar a la de los otros dos, y el pelo negro muy corto, igual que Austin. No había que pensar mucho para deducir que los tres eran amigos...

Lo primero que sintió Sam al ver a los visitantes fue una oleada de pánico. En su cabeza, Troy y problemas iban unidos, y no por él, sino por Ralph. Su novio estaba empeñado en ayudar a Troy en el oscuro asunto del secuestro de William. ¡Pero Ralph ya estaba fichado por la policía! Si se implicaba en esto, y le pillaban inculcando ni más ni menos que a Jordan Grant, podía acabar en la cárcel. Sam estaba seguro de que Jordan debía tener un ejército de abogados, dispuestos a todo para defenderle ante la Justicia, cosa que ellos *no* tenían. Aunque de verdad fuera culpable, aunque Troy tuviera la razón... Jordan siempre tendría las de ganar.

Sam quería que su novio olvidase para siempre que habían visto a Jordan, a Troy, y que habían tenido un contacto tan cercano con todo este tema. Quería que las cosas siguieran siendo como fueron antes de anoche, antes de ver a Jordan por casualidad por la calle, y que a Ralph se le ocurriera la disparatada idea de ir a dar un «gran golpe» al Averno. ¡Pero no podría hacerlo, si Troy tomaba la costumbre de presentarse en su casa por las buenas!

«No debimos darle nuestra dirección», pensó. «No debimos decirle nada en absoluto».

—Hola, Sam —comenzó Troy, con voz suave—. ¿Te acuerdas de mí?

—Ah... Sí.

—¿Y podemos pasar, por favor? Solo será un segundo.

«¡Maldita sea!», pensó Sam. Se dio cuenta de que el tercero de los visitantes, el sujeto desconocido, estaba mirando alrededor, al pasillo y al patio a sus espaldas, con aire desconfiado. No le quedó más remedio que preguntarse: «¿Y a este qué le pasará?».

Titubeó. No quería a esta gente en su casa de ninguna de las maneras. Pero se consoló pensando que Ralph no se encontraba aquí, porque estaba trabajando en la obra, así que Troy no tendría medio de convencerlo para que hiciera algo que pudiera ponerle en peligro. No obstante, la idea no le ayudó a relajarse...

A regañadientes, abrió la puerta un poco más y dijo:

—Claro. Adelante.

—Gracias —murmuró Troy, entrando en primer lugar.

Le siguió Austin. Le sonrió un poquito a Sam al pasar por su lado, pero este se echó hacia atrás, con una mueca de disgusto. No quería que se le acercara ese tipo bajo ningún concepto. No le inspiraba confianza.

En realidad, no se la inspiraba ninguno de los tres, pero en fin, qué se le iba a hacer, ya estaban dentro. El tercero entró también, y Sam cerró de nuevo a su espalda, aunque permaneció cerca de la puerta, por lo que pudiera pasar...

Los tres visitantes se quedaron de pie en mitad de la sala. El apartamento pareció aún más diminuto de lo que era con ellos allí, vestidos de negro; parecían ocuparlo todo. Sam alargó una mano a su espalda con disimulo para tocar la puerta. Le reconfortó sentirla al alcance de sus dedos. Si la cosa se ponía fea... Bueno, sabía lo que tenía que hacer.

Troy miró alrededor con curiosidad. A la luz del día, se le veía bien sólido, de carne y hueso. Vaya, esto era real. Troy existía, no fue solo una pesadilla que Sam hubiera tenido anoche, producto del cansancio, cosa que casi había llegado a creer a ratos, durante la mañana. Troy estaba aquí, y lo único que Sam podía sentir al respecto era miedo y desconfianza.

«¿Para qué habrán venido?», se preguntó. «Espero que no haya sido para buscar a Ralph...».

Capítulo 10

«¡Qué pobres son estos chicos!», pensó Troy, mirando alrededor, impresionado. «Esta vivienda es miserable. Parece que solo hay una habitación... ¿O tal vez son dos? ¡Qué pena, demonios! Entiendo que tengan que hacer de todo para comer, incluso robar a veces...».

—Ah... Os ofrecería algo de beber... —comenzó Sam—. Pero la realidad es que no tengo nada.

«Y no me sorprende», se dijo Troy.

Se volvió para mirar a su anfitrión. Este permanecía de pie, cerca de la puerta, muy serio, y se retorció las manos con ansiedad.

«El pobre debe estar avergonzado», supuso Troy. «Se le han metido unos rockeros en casa, sin avisar, y le han pillado con la despensa vacía».

—No te preocupes, Sam —se apresuró por contestar, con voz suave—. Acabamos de desayunar. Y ya te digo, no podemos quedarnos mucho rato. —Titubeó, y volvió a mirar alrededor, preguntando—: Por cierto, ¿dónde está Ralph? ¿Se encuentra bien?

Sam asintió.

—Sí, está trabajando.

—¿Ah, sí? —se sorprendió Austin.

Sam se irguió y contestó, desconfiado y con una pizca de orgullo:

—¿Qué creías? Los dos trabajamos.

—¿Dónde? ¿Puede saberse? —preguntó Austin con curiosidad.

—Ralph trabaja en una obra, y yo reparto pizzas por las tardes. Nos pagan una miseria, pero... —Se encogió de hombros—. Es algo. —Volvió a mirar a Troy, preguntando—: ¿Y vosotros? ¿Qué hacéis aquí?

—En realidad, hemos venido a dar una vuelta, nada más —respondió Troy—. Pero estábamos cerca, y hemos decidido haceros una visita. —Le miró con complicidad al añadir—: Hemos estado en la calle que nos dijisteis anoche.

—Ah —dijo Sam, que no parecía mucho más tranquilo con su explicación—. ¿Y qué tal?

Troy sacudió la cabeza.

—No hemos visto a Jordan, ni a nada que nos recuerde a él.

Austin volvió a intervenir:

—Anoche también estuvimos allí, y tampoco vimos nada. —Miró a Sam de través—. ¿Estáis seguros de que era él?

—¡Claro que sí! —se defendió Sam—. ¡Pero no sabemos a dónde iba! ¡Lo vimos de paso!

Troy asintió.

—Comprendo.

Tenía la sensación de que Sam no iba a decirles mucho más. Continuaba cerca de la puerta, como si fuera a echar a correr de un momento a otro, y miraba a Frank y a Austin con desconfianza, casi rayando en el miedo. No parecía estar cómodo en absoluto teniéndolos allí.

Por otra parte, Troy sentía bastante más afinidad con Ralph, tal vez por su actitud en general hacia ellos, o por rasgos de carácter, y si Ralph no estaba... Bueno, tal vez fuera buena idea dejar a su pareja en paz e ir directamente a buscarlo.

—Sam, ¿podrías decirnos...? —comenzó.

El otro chico pareció leerle el pensamiento, porque no le dejó terminar. Se replegó sobre sí mismo y dijo con decisión:

—No.

—Vamos, hombre... —rogó Troy.

—¡No y no! —exclamó Sam—. ¡No diré nada más! Anoche ya hablamos demasiado. Y Ralph está fichado, Troy. Si le pillan...

—Nadie lo va a pillar —respondió Troy, tratando de sonar tranquilizador.

Pero Sam no se dejó convencer por un argumento tan débil. Le miró con el ceño fruncido y exclamó:

—¡Si Jordan se entera de que te dijo lo de anoche, le denunciará!

Troy se irguió, apretando los puños en los bolsillos de la cazadora. Eso no iba a ocurrir, él no iba a permitirlo. Estos chicos le habían ayudado mucho, sin ellos saberlo, y ya tenían bastante con sus propios problemas. Troy haría lo que fuera por protegerlos.

—Jordan no se va a enterar —afirmó.

Troy habló serio y tajante. Parecía estar muy seguro de lo que decía, pero Sam no creyó ni media palabra.

—¿Y tú cómo lo sabes? —le espetó.

—Porque ninguno de nosotros se lo dirá, ni a Jordan, ni a la policía, ni a nadie —fue la respuesta del rockero.

Sam sacudió la cabeza. Cada nueva palabra que hablaban le iba poniendo más y más nervioso.

—Ya —contestó con sorna—. ¡Lo que tú digas! No te creo, Troy. Estás buscando a tu novio y...

Se interrumpió al captar con el rabillo del ojo que el tercero, el desconocido, se sobresaltaba un poco, como si la frase le hubiera sorprendido. Pero en seguida su rostro volvió a ser inexpresivo, y Sam centró de nuevo su atención en Troy.

—Si tienes que elegir entre Ralph y William, elegirás a William —concluyó—. ¡Lo sé! Y no te culpo por ello. ¡Yo también lo haría si fuera tú! Pero por eso mismo, Troy. Tengo que cuidar de Ralph.

Troy le observó con ojos penetrantes, respondiendo:

—Sam, te prometo que os mantendré a salvo.

—¡No puedo creerte! —exclamó Sam, desesperado, apretando los puños en el aire.

Troy continuó impasible.

—Me estáis ayudando mucho más de lo que vosotros creéis. No voy a pagároslo metiéndoos en un problema.

—¡No nos conoces de nada, Troy, por el amor de Dios! —contestó Sam—. ¡Si tienes que elegir...!

De modo inesperado, en ese momento intervino Austin con voz queda:

—Jefe, tiene razón. El tampoco te conoce a ti. No tiene ningún motivo para creerte.

Troy se mordió los labios, con una pequeña mueca de impotencia y frustración...

Por su parte, Frank estaba asistiendo a toda la escena, perplejo. La frase de Sam había sido toda una revelación en su mente.

«¡Novios! ¡Troy y William son pareja!», pensó. «¡No tenía ni idea! Lo disimularon muy bien ayer. Pero a la vez, esto explica tantas cosas...».

Cosas como el modo en que Troy peleó con los secuestradores... O su fuga al Averno de ayer por la tarde, solo y sin contar con nadie... O el intento desesperado de rescate de anoche.

Esta nueva información le hacía ver a los jóvenes artistas con otros ojos. Ahora le parecía admirable la entereza de Troy, y el modo en que estaba llevando todo esto. Su respeto por él, y por el apoyo que estaban demostrando sus amigos, alcanzó una nueva dimensión.

«Si me hubiera ocurrido a mí, estaría ausente, hecho una bola temblorosa en un rincón», meditó. «Pero a la vez... Esto también explica por qué Troy está peleando tanto por rescatar a William. ¡Qué iluso he sido! No lo hace porque sea su amigo, ni siquiera porque es el cantante de su grupo. ¡Lo hace porque le ama! Solo porque le ama...».

Mientras este tipo de cosas pasaban por la cabeza de Frank, en la de Troy había otras muy distintas. De hecho, estaba tan absorto, que ni siquiera se percató de la mirada de admiración que le dirigía su guardaespaldas. Necesitaba convencer a Sam de algún modo y averiguar dónde estaba Ralph. ¡No podía darse por vencido justo ahora!

Pero por más que pensaba, no se le ocurría nada. Sam parecía decidido a proteger a su novio a toda costa. Y como muy bien acababan de decir los dos, tanto él como Austin, Sam no conocía a Troy de nada, así que no tenía motivos para creer que él también quisiera mantener a Ralph a salvo...

«Me parece que lo único que hemos conseguido viniendo aquí ha sido asustar a este pobre chico», pensó. «Lo mejor será que nos marchemos. Me da mucha rabia haber llegado hasta aquí para esto, pero no me va a decir dónde está Ralph, eso es seguro. Así que, ¿para qué insistir?».

—Está bien —asintió con la cabeza, vencido—. No te molestaremos más, Sam. Nos marchamos. Por favor, dale recuerdos a Ralph.

Antes de que Sam pudiera contestar, Troy cayó en la cuenta de lo que acababa de decir, y rectificó, con una sonrisita:

—Aunque algo me dice que no se los darás. Una pena, porque creo que le hemos caído bien...

«Le habéis caído demasiado bien», pensó Sam. Pero en esta ocasión se abstuvo de decir nada.

Troy tampoco pareció esperar una respuesta por su parte, porque se volvió hacia sus dos amigos, y les dijo:

—Bueno, ¿nos vamos?

El tipo desconocido asintió y salió en primer lugar, seguido de Austin. Sam se hizo a un lado para dejarles pasar. En esta ocasión, Austin no le sonrió ni le hizo ningún gesto, y él lo agradeció...

Apenas se quedó solo en medio del salón, Troy sacó su cartera del bolsillo de la cazadora y dijo:

—Sam, me gustaría darte algo de dinero.

—No voy a vender a Ralph, Troy —contestó Sam, ofendido.

Troy negó con la cabeza.

—No pretendo que lo hagas. Tómatelo como un pago por lo de anoche, ¿de acuerdo?

Esto le pareció mejor a Sam, y sintió que se relajaba un poco. En verdad, Ralph debió haberle pedido dinero a Troy anoche, a cambio de la información. No lo hizo, pero ahora el rockero lo había hecho por sí mismo, así que suponía que estaban en paz. Además, el dinero siempre era bienvenido...

—Mira, lo dejo aquí —añadió Troy, poniendo un billete sobre la encimera. Guardó de nuevo su cartera y le miró muy serio, concluyendo—: Gracias de verdad, Sam. No sabéis lo que habéis hecho por mí. Me habéis dado esperanza.

Sonrió un poquito, un gesto triste y casi tierno, y se encaminó hacia la salida. En el momento de pasar por su lado, le dio una palmadita en el hombro y le dijo:

—Hasta la vista.

—Adiós —murmuró Sam.

Y en cuanto el rockero hubo salido, se precipitó sobre la encimera. La ventana continuaba abierta, y ahora también la puerta, y había corriente. Lo mejor era atrapar el billete y guardarlo, antes de que echara a volar por ahí. Decidido, lo tomó deprisa entre sus dos manos, como si fuera una reliquia...

Y entonces se dio cuenta de que no era un billete. Eran tres. Y de los grandes.

—¡Madre mía! —murmuró para sí, asombrado.

Troy debía ser famoso de verdad, porque darle tanto dinero solo por lo que le dijeron anoche... Eso solo podía hacerlo un rico, vaya, alguien a quien le sobraba. La mente de Sam empezó a hacer cálculos a toda velocidad.

«Con esto puedo comprar cosas para el desayuno, que tengo un hambre...», se dijo. Su estómago rugió en respuesta, y se le empezó a hacer la boca agua, solo con imaginar unas tostadas con mantequilla y mermelada...

«También puedo traer cosas para preparar una buena cena», prosiguió en su mente. «El resto lo guardaré. Ralph necesita calcetines y camisetas, que están llenas de agujeros y no doy abasto a remendarlos...». De pronto, cayó en la cuenta de lo que estaba pensando y se dijo, ilusionado: «¡Esta noche cenaremos bien! ¡Cuando regrese del trabajo, tendremos comida, para nosotros y para Bigotes! ¿No es maravilloso?».

De repente, le asaltó una nueva idea. Troy le había dejado mucho dinero, mucho más de lo que el propio Sam le habría pedido a cambio de la información. ¿Y si había dicho la verdad, con eso de que le habían ayudado mucho? ¿Y si también la decía, con aquello de que les mantendría a salvo?

«¡No lo hagas, Sam!», se advirtió. «Será meterte en problemas... ¡Y meter a Ralph!».

«¡Pero Troy tiene razón!», le contestó su corazón. «A Ralph le daría una alegría verle, y saber que han venido a visitarnos. ¿Y no voy a dejar que le vea? ¿No se lo voy a contar, que han estado aquí? Además, cuando venga, verá el dinero...O lo que haya comprado con él. ¿Cómo voy a explicarle de dónde ha salido todo eso?».

Titubeó durante un instante, partido en dos. Su cabeza le suplicaba que protegiera a Ralph, que no lo hiciera... Su corazón le suplicaba que sí, que lo hiciera. Pero no por Troy, sino por Ralph...

El edificio tenía una forma curiosa. Todo giraba en torno a un patio central, cuadrado, con un pasillo porticado al que se abrían las puertas de las viviendas. A esta hora de la mañana, lo único que se escuchaba era el eco que hacía el canto de los pájaros en el gran patio.

Troy y sus dos amigos ya habían desandado sus pasos, bajando la escalera, y estaban casi en el patio para salir a la calle, cuando de pronto, hubo sonido de carreras arriba, y una voz llamó, desde uno de los pisos superiores:

—¡Troy! ¡Troy, espera!

Se trataba de Sam. Sus palabras también hicieron eco en el patio, con un algo de urgencia inconfundible. Troy se detuvo, sorprendido, y miró arriba, pero no logró ver nada.

—¡Troy! —volvió a llamar Sam.

El guitarrista salió de prisa al patio y levantó de nuevo la cabeza. Al fin, logró distinguir a Sam. Estaba asomado al pasillo del primer piso. Debía haber bajado corriendo, porque vivía en el tercero. Agarraba la barandilla con ambas manos, ansioso, y parecía buscarle con la vista a su

vez.

Por un primer momento, Troy se preguntó si quería darle las gracias por el dinero, o preguntarle si los billetes eran falsos... ¿Le habría parecido poco? ¿O mucho? La verdad era que no sabía muy bien lo que esperar, pero no tuvo siquiera que preguntar. En cuanto lo divisó, Sam le dijo:

—¡La obra de Ralph está cerca! ¡Sigue toda la calle hasta el final! ¡Gira a la derecha y la verás desde allí! ¡Le dará mucha alegría verte!

Troy sintió que se derretía.

«¡Oh, madre mía!», pensó, emocionado. «Justo cuando ya no esperaba nada... Qué noble eres, Sam. Gracias».

Sam estaba un poco sin aliento. Durante un instante fugaz, temió que Troy y sus amigos ya se hubieran marchado, de modo que había guardado de prisa el dinero en un bolsillo, había metido las llaves de casa en el otro, y había echado a correr escaleras abajo para tratar de alcanzarlos.

Ahora estaba en el primer piso, y veía a Troy en el patio con toda claridad. Al oír sus explicaciones, los ojos del rockero se agrandaron por la sorpresa, pero luego sonrió. Pareció emocionado. Sam no podría asegurarlo, pero incluso le pareció ver que de repente sus ojos se ponían húmedos...

—No esperaba esto —contestó Troy.

Su voz sonó queda y suave, pero Sam pudo escucharla en el silencio del patio, con la misma nitidez que si el otro joven hubiera estado a su lado. La sonrisa de Troy se hizo más amplia.

—Muchísimas gracias, Sam —añadió—. A mí también me dará alegría verle.

Sam hizo una pequeña mueca.

—Por favor, recuerda tu promesa —insistió.

Troy se puso serio de nuevo. Le miró con complicidad, aunque visiblemente emocionado aún, y respondió:

—Os mantendré a salvo. Te lo prometo otra vez. —Y más bajito, repitió—: Gracias.

—Gracias a ti por... Ya sabes.

Troy hizo un gesto con la mano, como para decir que no se preocupara por eso, porque para él no tenía importancia. Se volvió hacia la salida y le hizo un saludo, a modo de despedida. Sam

tuvo la sensación de que estaba tan emocionado, que ni siquiera podía hablar, y por eso se había limitado a saludarle con la mano...

Por su parte, se quedó allí, agarrado a la barandilla, viéndoles marchar. Austin se asomó por debajo del pórtico para mirarle, y también le saludó, pero Sam no fue capaz de hacer nada.

«Me pregunto si he hecho bien», se repetía. «Parece sincero, pero... ¿Podrá cumplir su promesa?».

Troy continuó caminando, erguido, con las manos en los bolsillos de la cazadora. Salió, sin volverse ni una sola vez más, y sus dos amigos le siguieron. Cuando los hubo perdido de vista del todo, Sam emprendió el regreso lentamente hacia su casa.

Tal vez debiera darse prisa. Tenía que cambiarse de ropa e irse a comprar. No solo porque su estómago estaba amenazando con devorarlo vivo, sino también porque quería dejar la cena hecha, antes de que Ralph regresara y él tuviera que irse a trabajar a su vez...

«Ralph quería que fuéramos hoy a almorzar al bar de Jim, así que eso haremos, aunque no me agrada mucho», pensó. «Estoy deseando que Ralph vuelva a casa y me cuente qué ha pasado con estos tres. Es verdad que le dará alegría verles, pero yo sigo sin tenerlas todas conmigo. Espero no haber hecho una tontería... Y espero que Troy no me defraude».

Capítulo 11

Troy salió del bloque y se detuvo un momento en la puerta, tomando aire profundamente. La fresca brisa de la calle en sombras le secó las lágrimas que bailaban en sus párpados, lágrimas de agradecimiento y de emoción...

«Estaba seguro de que no me diría nada», pensó. «Había tirado la toalla, y pensaba decirles a los chicos que volviéramos a casa. Y ahora, a dos pasos de la salida, Sam me ha hecho este regalo...».

—Hay que ver cómo son —comentó Austin—. Les das algo de dinero, y ya no tienen interés por proteger a su novio...

Troy sonrió y sacudió la cabeza.

—No, Austin. No te confundas —contestó.

—¿Qué? —preguntó su amigo, con el ceño fruncido en un gesto de incompreensión.

Austin se sorprendió por la respuesta del dragón. ¿Qué habría querido decir con eso? Troy se volvió hacia él. Sonreía, pero sus ojos estaban húmedos.

—¿No lo entiendes? —le dijo—. No nos ha dado la información a cambio del dinero. Se lo he dado en pago por lo de anoche.

—¿Ah? ¿Entonces...? —se extrañó Austin, alzando una ceja.

—Se ha olvidado de sí mismo y de sus miedos, y lo ha hecho por Ralph. ¿No le has oído? Ha dicho que le dará alegría vernos.

La sonrisa de Troy se hizo más amplia, tierna y emocionada. Una lágrima escapó de uno de sus párpados, y rodó deprisa por su mejilla herida, hasta perderse en la barbita que cubría su mandíbula.

—Así son las cosas cuando quieres a alguien —añadió en voz baja, densa y ronca—. Quieres verle feliz, solo eso. Aunque tú no lo seas, o tengas miedo o dudas...

Bajó la vista al suelo y murmuró, más como si hablara consigo mismo que con Austin:

—Eso lo aprendí en casa de Daryl... Con Daryl, y también con William...

Tomó aire por la nariz y parpadeó deprisa. Una segunda lágrima siguió a la primera. Austin ya iba a preguntarle si necesitaba que le dieran unos minutos, cuando el dragón volvió a dar muestras de la fuerza inagotable que le impulsaba.

Levantó la cabeza. Le miró con una sonrisita triste, pasándose la mano por la cara, y luego miró a Frank.

—¿Vamos? —le dijo—. Ya verás, Frank. Te va a caer bien Ralph. Es un buen tipo.

—Entonces cuanto antes le veamos, mejor, Troy —contestó Frank, dándole una palmadita afectuosa y respetuosa en el hombro.

Troy asintió.

—Sí. Además, no quiero dejar a Seth solo durante mucho rato —dijo.

Le sonrió a Austin, ilusionado y esperanzado ahora, y se encaminó en dirección al coche, detrás de Frank. Austin le siguió, sobrecogido, pensando: «¡Se acuerda de Seth! El pobre está hecho un flan, pero aún así tiene presente a Seth, y sabe que su sitio está allí, junto al teléfono, y no aquí, haciendo de detective. ¡Qué noble eres, Troy! Me pregunto qué dirá William cuando se entere de todo esto...».

Seth era de la opinión que William se emocionaría y se pondría a llorar, abrazado a Troy. En un principio, Austin lo puso en duda, porque William tenía demasiada clase y demasiado glamur como para perder los papeles de esa manera, pero ahora... Bueno, cada vez le parecía más probable esa reacción. Y no solo eso. A lo mejor Troy hacía lo mismo... A lo mejor...

Entretanto, en otro lugar de la ciudad, en el salón de la casa de Liam, dos Red Devils continuaban enredados a besos y caricias.

Llevaban un largo rato allí de pie, acariciándose el uno al otro la cara, el pelo, las manos, y donde lograban encontrar a tientas. El silencio que reinaba ahora en la habitación era íntimo y acogedor. Lo único que se escuchaba era el «tic-tac» de un pequeño reloj de pared que Liam tenía en un lateral, mezclado con el quedo murmullo de los besos. La penumbra parecía envolverlos, como una mantita cálida y suave...

Al cabo de un tiempo, imposible de determinar para Keith, Liam empezó a apartarse. Pero lo hizo poco a poco, sembrando su mejilla y su barbilla de besitos.

—Voy a terminar de recoger las cosas, amor —le cuchicheó. Keith sintió un escalofrío de felicidad al oír la última palabra—. Supongo que querrás que ensayemos algunas cosillas, antes de lo de esta tarde...

Keith soltó una risita sorprendida.

—¿Cómo puedes conocerme tan bien?

Liam se apartó para mirarle y le sonrió a su vez. Se encogió un poco de hombros, y sacudió la cabeza con una mueca bromista, diciendo:

—¿Será porque llevo años babeando por ti, sin saberlo?

Keith se rió, y Liam sonrió un poco más. Se retiró, acariciándole una mano, y susurró:

—No tardo nada. De verdad.

Luego se dio la vuelta y regresó deprisa a la habitación para terminar de hacer la mochila. Keith hizo un gesto de admiración con la cabeza. ¡Qué chico este! Le tenía enamorado hasta los huesos.

Decidió dejar a su compañero en paz, para que pudiera concentrarse en sus cosas, y volvió de nuevo su atención hacia la mesita baja y las partituras que había sobre ella. La caja de cuerdas parecía estar haciendo las veces de pisapapeles. La hizo a un lado con cuidado, y tomó los pentagramas para hojearlos con curiosidad.

No le sorprendió ver que ninguna de las canciones que había allí era de su grupo, sino que se trataban de éxitos que habían compuesto otros grupos de rock. Keith volvió a sonreírse con ternura. Al parecer, Liam había adoptado su costumbre de ensayar las canciones de otros, además de las propias...

Esto era algo que Keith había empezado a hacer por su cuenta, haría cosa de un mes. Le pareció que sería una buena manera de no oxidarse, por reducirse a su propio repertorio, además de obligarse a sí mismo a expandir su técnica, tratando de emular a los grandes.

Tenía que reconocer que no le había ido mal. Este recurso le había ayudado mucho a coger soltura, sobre todo en los solos. Al principio le dolían los dedos y las muñecas lo increíble, de forzarlos a buscar notas que no estaban habituados a hacer, y a una velocidad muy superior a la que él solía emplear. Pero ahora se sentía mucho más confiado, incluso cuando interpretaba sus propias canciones. Confiado y en control de su instrumento. A ratos, aunque no se lo dijera a nadie, Keith casi se sentía capaz de sustituir a Jordan, si alguna vez se terciaba la ocasión.

De pronto, sus ojos tropezaron con una partitura que no esperaba encontrar en casa de Liam.

—¡*Strength!* —exclamó—. ¡El último single de los Dragon Riders! ¿Has estado ensayándolo? ¿En serio?

—Sí —contestó Liam—. El bajo no es muy complicado. La batería y la guitarra en cambio son otra cosa...

—¡Y que lo digas! —dijo Keith, admirado—. ¡Todavía no he sido capaz de tocar el solo! Al menos, no a la velocidad a la que lo hace Troy. Los dedos de ese chico vuelan sobre las cuerdas, te lo digo.

Liam se reunió de nuevo con él, portando una abultada mochila en un hombro y dos bolsas, también bastante llenas, en una mano. Le sonrió con ternura, y le sorprendió por completo diciendo:

—¿Quieres que le llamemos?

Keith abrió grandes ojos.

—¿A Troy?

—M-m —asintió Liam.

—¿Ahora?

—No sé, cuando quieras. Nos veremos en el estadio esta tarde, así que quizás le agrade recibir la llamada de todo un veterano como tú, que quiere preguntarle cómo lleva el tema de los nervios...

Liam soltó una risita. Keith también sonrió. Dejó las partituras sobre la mesita, poniéndolo todo tal como estaba, y volvió a mirar a su compañero.

—No sé, Liam —contestó—. No me gustaría tener que hablar de Jordan. Recuerda lo que nos dijo Walter...

—Pues no hables —dijo Liam, encogiéndose de hombros—. Limitate a preguntarle por lo de esta tarde, a darle ánimos y nada más. Tan amigos.

Le miró muy serio ahora, aunque sus ojos castaños continuaban cargados de ternura. Con voz suave e íntima, añadió:

—Admiras muchísimo a ese hombre. Me encantaría que pudierais llegar a ser amigos.

Keith volvió a sentir que se derretía. Abrazó a Liam, aunque este no pudo devolverle el gesto, y tuvo que limitarse a darle palmaditas en la espalda con la mano libre.

—Gracias, mi luna —murmuró Keith. Se apartó para besarle la mejilla, añadiendo—: Si te parece, le llamaremos cuando lleguemos a mi casa.

Se retiró para dirigirse hacia la salida, pero Liam no le siguió. Se quedó allí de pie, y señaló a la mesita del rincón.

—Yo también tengo teléfono, ¿eh? —bromeó.

Keith se rió.

—¡Ya lo sé! ¡Pero no tengo el número de Troy en la memoria!

—¿Cómo que no? —se asombró Liam—. ¡Pero si te sabes los números de medio mundo! —Se acercó para reunirse con él en el recibidor, proclamando, mientras le señalaba con la mano

libre—: ¡Eres un listín de teléfonos andante!

—¡Ya será menos! —se rió Keith. Se detuvo un momento para echar la cortina que descorrió Liam cuando llegaron, y preguntó—: ¿Está bien así?

—Muy bien.

Keith agarró las bolsas que llevaba Liam para ayudarle con la carga.

—No me sé el teléfono de todo el mundo —explicó—. Solo los vuestros, el de Walter, el de Little B y el de Nobody. Y estos dos últimos porque siempre están en casa de Jordan y nos vemos mucho, porque si no...

—¿Y te parece poco? —dijo Liam, cerrando la puerta tras ellos—. ¡Yo ni siquiera me sé el mío!

Ahora rieron los dos, mientras atravesaban el jardincito delantero y regresaban al coche. Keith volvía a sentirse más feliz que en mucho tiempo. Y la perspectiva de los ensayos de esta tarde le había llenado el corazón de ilusión.

«Ensayar nuestro concierto anual con Liam convertido en mi novio... ¡Y al lado de Troy Anderson!», se dijo. Subió al coche, y Liam se sentó a su lado. Arrancó el motor. Keith se hizo un mohín a sí mismo al recordar que Jordan también estaría...

«Y seguro que nos mirará con cara de purgante», se añadió. «Pero yo solo con pensar en subir a ese escenario con Liam... No ya como amor secreto y fuera de mi alcance, sino como mi novio... Y tener el honor de poder compartirlo con un prodigio como Troy... ¿Puede haber algo mejor?».

De una cosa estaba seguro. Esta tarde iba a ser muy especial para él. Le sonrió a Liam con ilusión. No podía esperar a vivirla...

Mientras esto ocurría, en el pequeño apartamento del Bronx, los cuatro secuestradores acababan de terminar una partida a las cartas.

Dan estaba bastante satisfecho. Hacía tiempo que no jugaba, pero aún así, no se le había dado nada mal...

—¡No, no, Paul! —decía Little B, sacudiendo un índice en el aire—. Ha ganado Nobody, no lo niegues. ¿No lo ves? ¡Está claro como la luz del día!

Señaló a las cartas que había sobre la mesa con las dos manos. Dan sonrió, y Reggie soltó una risita. Empezó a moverse para levantarse del sofá, diciendo:

—Mientras se lo explicas, yo voy a salir a fumar ahí atrás.

—¡Ah, ya me parecía a mí! —exclamó Paul, sonriente—. ¡Llevabas demasiado rato sin un pitillo!

Reggie le hizo burla, de broma, y Paul se rió. El batería se volvió hacia Dan.

—¿Vienes? —le preguntó.

Dan asintió, y le tendió una mano para que le ayudara a levantarse a su vez. Little B advirtió:

—No tardéis. Jordan puede llamar de un momento a otro. De hecho, es él quien está tardando...

Como cada vez que salía de este sofá hundido y viejo, Dan notó una punzada de dolor en su costado lesionado. Trató de retener la pequeña mueca refleja que amenazó con torcerle los rasgos. Pero Reggie debió verla, a pesar de todo, porque rodeó su cuerpo por los hombros con sus brazos, y le besó la mejilla con cuidado, sosteniéndole como si estuviera hecho de cristal.

Dan se apoyó en él agradecidamente, y se agarró a sus brazos con ambas manos. Cerró los ojos. Le reconfortaba sentir el cuerpo sólido de Reggie pegado al suyo. Le ayudaba a relajarse. El dolor fue cediendo poco a poco, y se atrevió a intentar tomar aire. Cuando le daba esa punzada se le cortaba hasta la respiración...

—¿Mejor, cariño? —murmuró Reggie.

Dan asintió varias veces, pero aún tenía los ojos cerrados y respiraba de modo entrecortado. Reggie se movió para sujetarle mejor por el hombro izquierdo. No quería tocar ese costado lesionado por nada en el mundo...

—¿Todavía te duele el costado, Nobody? —preguntó Paul.

—A veces —contestó Dan, aún luchando por respirar—. Si me levanto de este horrible sofá, la lesión me recuerda que sigue ahí.

—Normal, hermano —observó Little B, preocupado—. El tipo te pegó con todas sus ganas, pude verlo.

Reggie se volvió para mirarle. Little B le hizo un gesto con la cabeza y una mueca de simpatía, como si dijera sin palabras: «¡Pobrecito Dan, hombre!».

Reggie asintió. No podía estar más de acuerdo. Volvió a mirar al otro rapero y le dijo:

—Tal vez deberías sentarte en una silla cuando volvamos. Creo que Paul podría...

—No, Reggie —interrumpió Dan. Levantó la cabeza para mirarle a los ojos, decidido, a pesar de que aún tenía el ceño fruncido por el dolor—. Hemos dicho «juntos», ¿verdad? —Una de sus manos le apretó el brazo, mientras concluía—: Si tienes que llamar a Troy, yo quiero estar a tu lado.

—Yo también quiero que estés —contestó Reggie, muy serio, sin apartar los ojos de los suyos. Incluyó la cabeza a un lado para besarle la mejilla, antes de añadir, admirado—: Tienes un par, Danny. Estando dolorido y todo... Yo ya no me acordaba de lo de Troy, y tú sí, y... Ahora que lo has dicho... Quiero que estés. No sería capaz de hacerlo sin ti.

Dan sonrió un poquito e hizo un gesto con la cabeza, como si pensara: «¡Ya será menos! Es muy obvio que quieres darme ánimos, Reggie». Sin embargo, no dijo nada, y Reggie eligió quedarse con su sonrisa. Era pequeñita y dolorida, pero pareció iluminar todo el salón. Enternecido, le besó otra vez y murmuró:

—¿Se te pasa un poco? ¿Podemos irnos?

—Sí.

Dan se irguió, tomando aire profundamente, aún agarrado a sus brazos con las dos manos.

—¿De verdad estás mejor, hermano? —preguntó Little B.

Dan tomó aire otra vez y asintió después, respondiendo:

—Sí, ya no me duele. ¿Ves? Puedo respirar.

Le sonrió a su amigo, llevándose una mano al costado. Se lo frotó un par de veces, como para decirle: «Buen chico. Gracias por dejarme respirar», o algo así. Reggie agarró su otra mano en la suya y se irguió a su vez. Miró a sus dos amigos para decirles:

—Está bien. No tardaremos, chicos.

Paul asintió. Reggie le dirigió a Dan otra mirada, interrogativa ahora, y el rapero asintió a su vez. Caminaron hacia el pasillo, de la mano, y ya estaban en el umbral, cuando Little B les llamó, como si acabara de caer en la cuenta de algo:

—¡Espera, jefe! ¿Qué haremos si llama Jordan antes de que volváis?

Reggie se detuvo y se giró de nuevo para mirarles.

—Pues contestar al teléfono —fue todo lo que se le ocurrió.

—¿Seguro que podemos? —insistió Little B, dudoso.

Reggie sintió que Dan soltaba su mano para rodear su cintura con un brazo. Se pegó mucho a él, mientras explicaba a Little B, con su voz suave y tranquilizadora:

—Este número solo lo tiene Jordan, Little B. Es el único que puede llamar aquí. Así que si suena el teléfono, solo puede ser él. Estamos a salvo.

Little B asintió, muy serio y solemne.

—Si tú lo dices, será verdad, Nobody —dijo.

Dan soltó una risita, exclamando:

—¿Qué demonios...? ¡Lo sabes tan bien como yo!

Reggie se quedó mirándole, fascinado. Era tan guapo... Y esa expresión divertida y esa risita le dieron alivio en el corazón. Así era como quería ver a Dan: sonriente y feliz.

Little B volvió a asentir. Les hizo un gesto teatral con la mano en dirección al pasillo y dijo:

—¡Id entonces, mis pequeñuelos! ¡Nosotros nos ocuparemos de todo!

Dan rió otra vez. Se volvió hacia Reggie. Este se dio cuenta de que llevaba más tiempo del necesario mirándole, embobado. Se sacudió un poco y miró de nuevo a sus amigos.

—Nos vamos, sí —les dijo—. Ahora venimos.

Rodeó el cuerpo de Dan con un brazo a su vez, y se internaron en el pasillo así, abrazados. Pero apenas habían dado dos pasos, escuchó a Little B decir:

—¡Pero no vayáis a pasar allí lo que queda de mañana! ¡Volved pronto, por si las moscas!

—Sí, Little B —contestó Reggie.

Y apretó el paso, no fuera a ser que les entretuviera con algo más. Dan le siguió, con otra risita, cuchicheando en voz muy baja:

—Esa voz tan grave, por favor... —Le imitó, de broma, diciendo muy serio—: «Sí, Little B». —Volvió a reír—. Es voz de jefe, ¿lo sabías?

Reggie volvió la vista para mirarle. «Es lo que tú quieras», pensó. «Con tal de que sigas mirándome así, con esa preciosa sonrisa y estremitas en los ojos, yo seré jefe y lo que tú quieras, Nobody. ¡Madre mía! Cuando pienso... Qué ciego y sordo he estado durante todos estos años, cariño...».

Se le ocurrió pensar que alguna vez tendría que darle las gracias a Jordan, porque a fin de cuentas, había sido el artífice de todo esto... Pero en seguida desechó la idea. No quería acordarse de Jordan en este momento. No con Dan agarrado a su cintura, pegadito a su cuerpo, y mirándole con esa cara de adoración. Si por él fuera, continuaría caminando así con él hasta el fin de la tierra, y no se acordaría nunca más de Jordan, de Troy, ni de todo este peligroso asunto...

Dan no era capaz de apartar los ojos de Reggie. Este le miraba con una ternura y una admiración... Parecía arrobado. Sus ojos azules brillaban y tenía las mejillas sonrosadas. Estaba delicioso.

Pero el pasillo no era muy largo. Ya casi habían llegado a la puerta negra del fondo. Reggie se metió la mano libre en el bolsillo, sin duda para sacar la llave, pero de pronto, una voz habló, desde detrás de la puerta cerrada del cuarto de William.

—¿Vas a fumar, David?

Dan se sobresaltó y se detuvo en seco, no pudo evitarlo. No esperaba que William les dirigiera la palabra. En realidad, desde que él y Reggie regresaron al salón después de hablar, no había vuelto a acordarse de él en absoluto. ¡Qué susto!

Reggie en cambio no pareció sorprendido; su rostro no mostró ninguna emoción. Parpadeó un par de veces, como si acabaran de arrancarle de alguna especie de trance, y dijo:

—¡Sí! Y si vas a regañarme, que sepas...

—¡No iba a regañarte! —interrumpió William—. Haz lo que quieras. Solo quería preguntarte si se sabe algo de Troy.

Reggie sí pareció un poco sorprendido ahora. Con voz suave, respondió:

—Pues no. Aún no.

A Dan le pareció escuchar un bufido al otro lado de la puerta y un murmullo apagado, como si William estuviera hablando para sí:

—Es insoportable esta incertidumbre...

«Verdad», pensó, sintiéndose un poco acongojado. «Yo apenas la noto. Soy libre de andar arriba y abajo, y tengo a Reggie y nuestra incipiente relación. Pero él lo tiene todo en juego. Y está tan solo...».

Enternecido, antes de poder darse tiempo para reflexionar sobre ello, murmuró:

—No te preocupes, William. Esta noche estarás de nuevo en casa.

Reggie le miró con grandes ojos, como si pensara: «Pero, ¿qué estás haciendo?». Dan se encogió de hombros. Ni él mismo sabría decir por qué había intervenido. Solo sabía que al oír la voz de William, tan triste y abatida, él había sentido una pena inmensa, y la necesidad apremiante de hacer algo por él, de aliviarle. De darle esperanza.

Reggie pareció recordar algo, porque su expresión se suavizó. Apretó los labios. Pero ya

William estaba diciendo:

—¡Ah, Jonathan! Imaginaba que estarías también por ahí. Gracias por los ánimos, chico.

—De nada —respondió Dan.

—¿Por qué imaginabas que estaba aquí? —preguntó Reggie, volviéndose hacia la puerta, extrañado.

—Porque... —William pareció lanzado a decir algo, pero en el último segundo, se contuvo y solo contestó—: Porque nunca te he oído salir solo a fumar, por eso.

Reggie asintió despacio, aunque a Dan no se le pasó por alto que se había quedado mirando a la puerta cerrada con el ceño fruncido...

—Bueno, William. Ahora venimos, ¿de acuerdo? —dijo David.

—Está bien —contestó William.

Escuchó el chirrido del cerrojo de la puerta de hierro y soltó un bufido, apoyando la barbilla en una mano. El soplido hizo ondear uno de sus largos rizos por delante de su nariz.

«¡Aún no se sabe nada de Troy!», pensó. «¿Y cuándo se sabrá? Porque a este paso, voy a hacerme viejo esperando, diga lo que diga Jonathan...».

Volvió la vista hacia la puerta, con el ceño ligeramente fruncido.

«Tiene una voz muy suave y dulce», observó. «Contrasta mucho con la de David, que es tan grave y fría... Y siempre sale con él a fumar. Esos dos son pareja, te lo digo».

Tal vez. Pero saberlo con seguridad no le iba a ayudar en nada, así que... Con un suspiro resignado y sufriente, William retomó el libro que tenía sobre sus rodillas y continuó leyendo...

Apenas abrió la puerta, Reggie echó un vistazo alrededor. Después de comprobar que no había nadie en el callejón, dejó la puerta entornada a sus espaldas, y se dirigió al banquito de hierro solitario que había en medio de la placita. Dan le siguió, mirando también alrededor con curiosidad.

El sol había continuado ascendiendo en el cielo. Su luz dorada empezaba ya a acariciar el extremo de la plaza, aunque el banco continuaba en sombras. La fachada donde ellos estaban

también. El lugar continuaba silencioso; solo se oía el canto de los pájaros y el rumor de los coches en la ciudad.

Reggie sacó su paquete de tabaco del bolsillo, sin detenerse, y le preguntó:

—¿Llegaste a hablarle a William de lo nuestro?

—¿Qué dices? —exclamó Dan, horrorizado—. ¡Claro que no!

Reggie no contestó en seguida. Continuaba con el ceño fruncido, y parecía tan absorto y pensativo, que ni siquiera cayó en la cuenta de ofrecerle el tabaco, cosa que hacía siempre. Sacó un cigarro, mirando al vacío ante sí, y dijo:

—Entonces, ¿por qué tengo la sensación de que sospecha algo?

—No lo sé.

Reggie se llevó el cigarro a los labios. Se detuvo, se lo quitó de nuevo y le miró al fin, preguntando:

—¿A ti no te lo ha parecido?

Dan se limitó a encogerse de hombros. No tenía idea, esa era la verdad. Reggie hizo una pequeña mueca de contrariedad y prendió su cigarro. Luego continuó caminando. Dan se situó a su lado.

—¿En qué piensas? —le preguntó.

—Pues... Tengo que reconocer que lo que hiciste antes, de hablarle a William mientras que fuimos a tirar la basura, fue muy valiente... —Dan hizo la intención de hablar, pero Reggie asintió, rotundo, añadiendo—: Sí, sí. Lo fue, Danny. Pero me preguntaba...

Se interrumpió, mirando alrededor con los ojos entornados, y la expresión desconfiada y alerta.

—¿Qué? —apremió Dan.

—Nada, cariño —murmuró Reggie, tratando de sonar tranquilizador, y consiguiendo solo el efecto contrario—. Me preguntaba si no tendrá consecuencias...

(Continúa en el libro 28)